

Serie Familiar 17

La simpática fuerfanita

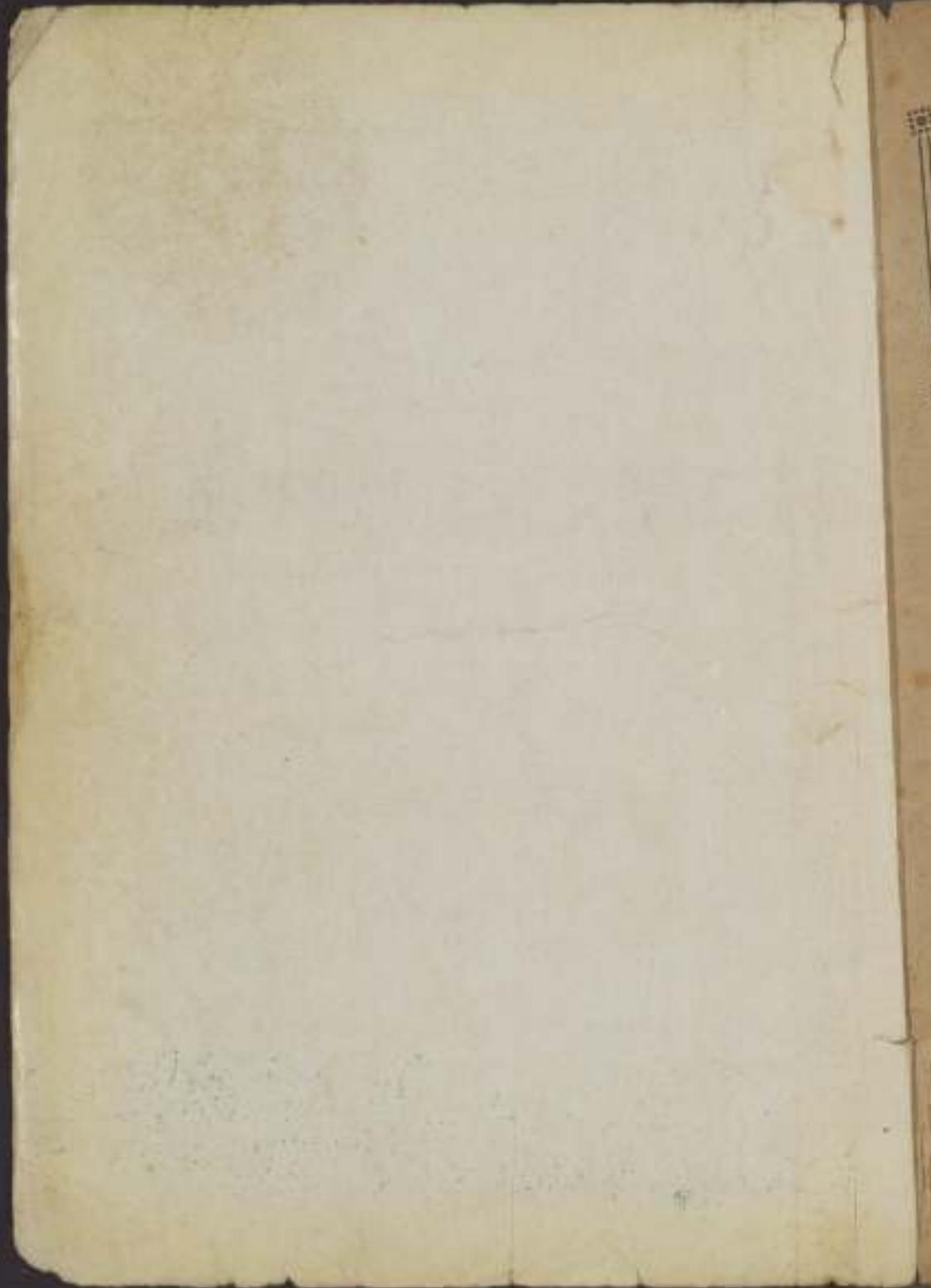


SHIRLEY TEMPLE

JOHN BOLES

ROCHELLE HUDSON

Ediciones Guaymas



LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

(Colección B)

Director: FRANCISCO MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaaje de la Paiz, 10 bis - Tel. 18841 - Barcelona

LA SIMPATICA HUERFANITA

Magnífica producción, de magnífico asunto sentimental, en que se pone de relieve la ternura inefable de un cariño fraternal, que da la felicidad a dos hermanitas

Producida por
WINFIELD SHEEAN

Dirigida por
IRVING CUMMINGS

Es un film FOX
(Oro de ley de la pantalla)

Distribuida por
HISPANO FOXFILM, S. A. E.
Valencia, 250 - BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

PRINCIPALES INTERPRETES

SHIRLEY TEMPLE

John Boles

Rochelle Hudson

Jane Darvell

EXCLUSIVA DE DISTRIBUCIÓN PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: **Barbará, 16** - Madrid: **Evaristo San Miguel, 11**

La simpática huerfanita

Argumento de la película

En el orfanato de Lakeshire ha sonado la hora de acostarse. Las pequeñas aisladas de aquella institución benéfica, las gentiles heredadas de la vida, que no conocerán ya nunca más ¡nunca más! la suave caricia de las manos de una madre, el dulce cobijo de los brazos fuertes y protectores de un padre, van subiendo ordenadamente los escalones que conducen al dormitorio del orfanato: entran, se dirigen a sus camitas respectivas, se desahogan, cubren sus frágiles cuerpecitos con el camisón de dormir, y arrodillándose al lado de la cama, inclinan la cabeza, juntan sus manos y cerrando los ojos para poder rezar con más fervor, inician la plegaria cotidiana:

"Con Dios me arueto, con Dios

me levanto, Dios mío, vela mi sueño, y si nunca llegara a despertarme, llévate al cielo mi alma.."

—Dios bendiga a los protectores del orfanato — murmura una de las niñas.

—Dios bendiga a la señora Higgins — contesta otra.

—Dios bendiga a la señora Danham...

—Dios haga que seamos cada día más buenas y más obedientes.

Han terminado la plegaria. Han terminado las humildes peticiones que las pequeñas huerfanitas elevan cada noche al Altísimo, rogándole por todos los que constituyen el pequeño mundo de sus afectos infantiles, por los protectores del orfanato en primer lugar, ya que a ellos tienen que agradecer el pan

que comen y el techo bajo el cual se cobijan: por la señora Higgins y la señora Denham, porque a ellas deben los cuidados y la asistencia cotidiana que les prodigan. Ya han cumplido con el deber cristiano de pedir a Dios por nuestros semejantes al mismo tiempo que por nosotros mismos... Las gentiles asiladas se meten precipitadamente en la cama, se arrojan bien arropaditas, porque el dormitorio es muy grande y hace un poco de frío y se disponen a dormirse con el sueño tranquilo y reposado de la inocencia. Un día más, y un día menos, en su vida un poco triste y monótona de asiladas...

La señora Higgins y la señora Denham, directora y subdirectora respectivamente del orfanato, se despiden, desde la puerta, de aquel enjambre de lindas chiquillas que la piedad de unas almas generosas ha colocado bajo su custodia.

Las dos mujeres ofrecen un contraste vivísimo. La primera, flaca, rígida, impassible; la segunda, gruesa, suave, blanda, dulce... La señora Higgins ha tenido siempre el prurito de mostrarse con las niñas lo más inflexible y severa posible, la señora Denham, lo más benévola imaginable. La primera no ha

podido granjearse jamás el cariño ni la simpatía de sus educandas, a pesar de que éstas, con su admirable instinto infantil, adivinan que la buena señora, a pesar de la rigidez y el empaque de sus maneras, de la acritud con que a veces las trata, no deja de ser en el fondo una solterona sentimental, pero "amor con amor se paga" dice el refrán. En cuanto a la señora Denham... ¡Esta sí que puede ufanarse de contar con el cariño apasionado de sus queridas asiladas! La señora Denham es un ángel de bondad, que Dios misericordioso ha querido colocar junto a aquellas niñas para compensarles, en parte, del inmenso dolor de no tener madre. Dulce, cariñosa, infantil a pesar de las canas que platean su cabeza venerable, la excelente señora no ha sabido jamás poner en sus labios una palabra severa, ni tener para las pequeñas una actitud inflexible, delegando estos menesteres a la señora Higgins, que sabe descomponerlos maravillosamente. Por nada del mundo permitiría la señora Denham que por una reprimenda suya asomase una lágrima a los ojos de alguna de las asiladas, ni aun en los casos en que los deberes más elementales de la discipli-

na así lo exige. Basta verla, hasta observar unos instantes su rostro de rasgos suaves y amables, sus ojos de mirada dulce y cariñosa, verdaderos espejos del alma, para comprender que en el interior de aquella mujer tan buena anida un alma sensible, capaz de sentir todas las inquietudes y todas las ternuras maternas. La bondad de su carácter, su tolerancia, a veces excesiva, contribuye a acentuar más el contraste entre ella y la señora Higgins, quien, más poseída de las responsabilidades puramente externas de su cargo que de las responsabilidades morales que el mismo le exige, al enfrentarla con la tristeza de unas vidas ávidas de un cariño que Dios ha querido arrebatárselas, no ha sabido captarse el amor y el agradecimiento de las niñas confiadas a su cuidado.

—Buenas noches, señoritas—dice la directora solemnemente, despidiéndose de las asiladas.

—Buenas noches, queridas mías—agrega la subdirectora, poniendo en aquellas sencillas palabras de despedida toda la dulzura y el amor que pone siempre al hablarlas; y las niñas del asilo, al dulce conjuro de aquella voz querida, in-

clinan la cabecita sobre la almohada y se disponen a dormirse.

Elisabeth Blair, la más gentil, la más graciosa, la más avispada y simpática de las chiquillas del orfanato, no puede acostarse todavía. Ella tiene aún por quien pedir a Dios protección y ayuda. Aunque sea, como las demás compañeras, una pequeña huertanita, no está tan sola y desamparada como ellas. Y, por eso, una vez cumplido el deber sagrado de pedir por los que la protegen, sigue con los ojitos cerrados y las manitas juntas pidiendo a Dios por sus seres más queridos. En voz baja, casi como un susurro, ruega humildemente:

—Dios bendiga a mi hermanita Mary... y no permita que mi querido patito y mi querido poney cojan una pulmonía.

Hace bien la dulce y gentil Elisabeth en pedir por su poney. Su hermanita Mary no necesita casi que pidan por ella. Es tan buena, tan abnegada, tan humilde, que Dios ha de bendecirla siempre, aunque los labios de Elisabeth no murmuren para ella una plegaria. Pero el poney sí que lo necesita y, sobre todo, esta noche. Milagro será, en efecto, que no coja la pul-

manía tan temida. Afuera está lloviendo a cántaros y el pobre caballito no tiene una cuadra cubierta en donde cobijarse. En el huerto del orfelinato se improvisó un cercado de madera para él, y allí está el infeliz cuadrúpedo sufriendo resignadamente las inclemencias del tiempo, sin que nadie, excepto su amita, se acuerde de él.

Elisabeth descorre las cortinillas de la ventana, situada junto a su camita, mira a través de los vidrios de la misma el aspecto desolado del huerto bajo la lluvia torrencial que está cayendo y descubre la figura miserable de su querido poney, hecho una verdadera lástima, chorreando agua y aguantando el chubasco con una cara de pena capaz de enternecer a la más tierna señora Higgins.

El corazón de la niña se enterneció. La idea de que sus ruegos van a ser inútiles por culpa de los elementos, y que el pobre animalito va a caer enfermo de la terrible pulmonía presentida, llega a hacerle insopartable. No, no puede ser... ella no puede permitir una injusticia semejante.

Las demás asiladas, al ver la actitud de su compañera, que permanece con la naricilla incrustada en

los vidrios de la ventana, contemplando el desolador espectáculo, se han levantado también y han acudido a su lado para enterarse de lo que está pasando. Elisabeth, al verlas, se lleva un dedo a los labios indicando silencio y, viendo que el poney dirige sus miradas implorantes hacia la ventana, le hace una seña de inteligencia, que el animal recoge inmediatamente. Su gentil amita le está invitando a que entre. ¡Sí, señor!, a que entre en el orfelinato. El poney, que responde al nombre de "Sooky", se apresura a obedecerla, no por nada, sino porque él es un animal muy obediente y hay que reconocer que, afuera, la noche está de lo más desapacible... En cuanto a las consecuencias que su entrada en el interior del edificio pueda acarrearle, le tienen absolutamente sin cuidado. Él es un caballito muy bien educado, consciente de sus deberes, y se guardará muy mucho de hacer allí ninguna cosa fea... ¿Por qué no dejarlo entrar? Hace un tiempo de perros... De perros, sí, pero no de caballos... Adelante, pues, adelante...

Meditando, meditando, el caballito ha franqueado la empalizada que le separa del huerto. Ha llega-

do junto a la puerta de la casa, la empuja fuertemente con su ruda cabeza, y como la puerta del orfelinato no se cierra nunca con llave, pronto cede al empuje del animal, y éste, ni corto ni perezoso, se cuele dentro, llega al hall... y ya está esperándole allí su gentil amita... que se ha apresurado a bajar rápidamente las escaleras para ir a su encuentro. Tan grande es la alegría de "Snoky" al verse bajo techo y encontrarse junto a la niña, que no puede contenerse y suelta un relincho tan estrepitoso, que la señora Denham, que acaba de acostarse en aquel momento, despierta sobresaltada y, saltando de la cama, se cubre con una bata y sale inmediatamente...

Pero el inoportuno relincho del caballito ha puesto a Elisabeth sobre aviso. Tiene el presentimiento de que va a salir de un momento a otro una de las profesoras, y si la fatalidad quiere que sea la señora Higgins, el escándalo que allí va a armarse va a ser de los que hacen época. La niña se apresura a refugiarse bajo la arcada que forma la escalera que conduce al piso superior, junto con su fiel "Snoky", a quien trata de cerrar la boca con sus diminutas manitas,

por si acaso se le ocurriera repetir la hazaña, y mientras sus compañeras, que habían empezado ya a bajar la escalera para participar de la travesura de la chiquilla, retroceden prestamente y corren a refugiarse en el dormitorio, ella permanece allí quietecita, muy quietecita, reteniendo el aliento...

La señora Denham abre la puerta de su cuartito; desde allí echa una mirada a su alrededor, observa, escucha unos instantes atentamente. Nada, silencio absoluto. Ha sido una falsa alarma. Y se dice que habrá sido el pony de Elisabeth, sin duda, que desde la parte de afuera de la casa protesta contra la lluvia que está cayendo.

Y cuando la señora Denham ha desaparecido y todo vuelve a quedar solitario y en silencio, la niña y el caballito salen de su escondrijo y empiezan a subir las escaleras lentamente, procurando hacer el menor ruido posible.

Elisabeth lleva su audacia hasta el extremo de pretender que el animalito se quede a dormir en el cuarto, junto a ella y sus compañeras, las cuales, lejos de ofenderse por aquella travesura de la chiquilla, acogen la llegada de ambos

con grandes manifestaciones de alegría.

Elisabeth mira desolada el aspecto miserable del infeliz "Snooky", mojado de pies a cabeza y con cara de haberse resfriado irremisiblemente. Quiera Dios que no haya cogido ya la pulmonía.

—¿Sabes lo que te digo, "Snooky"? — insinúa la niña dirigiéndose al animal, que conoce cada una de las inflexiones de la voz de su gentil amita—. Pues que te sentaría muy bien una limonada caliente. Desgraciadamente, no puedo proporcionártela.

El animal inclina la cabeza en señal de asentimiento, y entonces la niña, acariciando suavemente el lomo del querido poney, le pregunta:

—Dime, "Snooky", ¿te gusta la señora Higgins?

El inteligente animal hace con la cabeza un signo negativo.

—¿Y la señora Denham?

Gesto afirmativo de "Snooky".

—¿Y los protectores del orfelinato?

El animal piensa en su cabada y vuelve a afirmar con la cabeza.

—Y yo, "Snooky", ¿te gusto yo?

Esta vez el signo afirmativo del cuadrúpedo es tan exagerado, que

llega a tocar el suelo con el morro.

La niña está satisfecha. Una vez más, su amiguito y ella están de absoluto acuerdo. Las demás compañeras ríen y celebran el talento del poney, que es para ellas como un presente caído del cielo. Desde que Elisabeth y su hermana Mary entraron en el orfelinato, trayendo consigo los dos animalitos, el pato y el poney, ambos han sido sus juguetes favoritos, ya que la niña ha accedido siempre, gustosa y complacida, a que compartieran con ella el cariño y las gracias de los dos animalitos.

Pero se está haciendo tarde. Es hora ya de que estén acostadas... Mañana tienen que levantarse temprano. El reglamento del orfelinato así lo ordena y hay que acatarlo.

Elisabeth y sus gentiles compañeras de infortunio se acuestan en sus camas respectivas, pero esta noche no dormirán solas en el amplio y blanco dormitorio del orfelinato. "Snooky" les hará compañía, muellemente recostado en una cama que dejó vacante al lado de Elisabeth una niña que salió del orfelinato hace unos días, para ir a ver a sus padres en el cielo y todavía no ha regresado...

Al día siguiente, al levantarse la señora Denham y disponerse a saludar a su compañera y directora, la señora Higgins, se la encontró paseando arriba y abajo de su despacho, presa de una excitación incontentible.

—Henrietta — le dijo—. Tengo que darle una gran noticia. Mire usted, mire usted lo que trae este periódico.

La señora Denham obedeció; miró el periódico y sus ojos tropezaron con la fotografía de un hombre joven y bien parecido, un hombre cuyo rostro no le era del todo desconocido, aunque no lo hubiera visto nunca.

Era Edward Morgan, el hijo del gran financiero John Morgan, uno de los hombres más ricos y prominentes de Norteamérica, fallecido recientemente. Morgan, padre, había sido uno de los protectores más munificentes del orfanato, y al morir él, las esperanzas del patronato de aquel establecimiento benéfico se habían dirigido hacia el hijo del millonario, probable heredero de la inmensa fortuna de su padre.

En efecto; ahora el periódico

anunciaba oficialmente que, abierto el testamento de John Morgan, resultaba heredero universal de todos sus bienes su único hijo, Edward, cuya fotografía acababa de poner ante los ojos de la señora Denham, la directora de aquel orfanato, que tanto tenía que agradecerle al magnate fallecido.

—No es eso sólo, Henrietta — continuó la señora Higgins alegremente—. Edward Morgan acaba de enviarme un volante anunciándome su visita para hoy al mediodía, junto con los demás protectores del orfanato. Habiendo heredado la fortuna de su padre, el joven resulta ahora el más rico de los protectores de esta casa... Hemos de procurar que salga bien impresionado de su visita. Suba, suba en seguida a despertar a las niñas e instrúyalas debidamente a fin de que cuando lleguen los visitantes, estén preparadas para recibirlos y no cometan ninguna torpeza.

Y cuando la excelente señora Denham, cumpliendo las órdenes de su superiora, entró en el dormitorio de las niñas, para despertarlas un poco más temprano, vió, con la natural sorpresa y sobresalto que, junto a la cama de la gentil Elisabeth, se había aposentado un

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

huésped... y que este huésped era nada menos que "Snaky", el caballito...

—¡Elisabeth!... ¡Elisabeth!... — llamó, sacudiéndola para despertarla de su sueño y señalándole el animalito, que seguía durmiendo tranquilamente a pierna suelta—. ¿Qué es eso?

Y la niña, que tenía más picardía que todas las asiladas del orfanato, se despertó, abrió mucho sus grandes ojos, expresando con un arte de redomada comedianta un asombro que estaba muy lejos de sentir, y rascándose graciosamente la rubia cabecita, exclamó:

—¡Caracoles! ¿Cómo ha sido eso?

* * *

Un cuarto de hora después, comparecía junto al severísimo juez del orfanato, o sea, la señora Higgins.

—Elisabeth Blair — empezó la directora irguiéndose frente a la niña, seria y estirada como siempre—. Esta es la tercera vez, en lo que va de mes, que comparece usted ante mí acusada de una falta grave. La última vez que esto sucedió, también su hermana Mary tuvo que comparecer, acusada de ha-

ber cometido la misma falta que usted. Ambas hubieron de reconocer avergonzadas que habían estado cantando y bailando sin mi permiso ni el permiso de la señora Denham. ¿Sabe usted por qué está aquí ahora? ¿Sabe usted de qué se la acusa esta vez?

—Sí, señora — repuso la niña hecha un ovillo en un sofá, mirando a la señora Higgins por el rubillo del ojo.

—¿Por qué? ¿Por qué? — le preguntó.

—¿No lo sabe usted? — repuso Elisabeth tímidamente.

—Sí lo sé, pero quiero que usted me lo repita, para su vergüenza. Dígame, ¿por qué está usted aquí?

Se oyó entonces la voz de Elisabeth que pronunciaba distintamente:

—Por haber llevado a la cama a mi poney.

La mirada de la señora Higgins adquirió una expresión todavía más severa.

—Elisabeth —fulminó—, es usted una niña insoportable. Siendo como es usted hija de cómicos, no tendría nada de extraño que hubiese heredado de sus padres este espíritu de rebeldía que la convierte

en una chiquilla indomable e indisciplinada. Por este motivo, he procurado mostrarme con usted lo más benévola posible, confiando que tal vez el tiempo le haría olvidar a usted los hábitos adquiridos en vida de sus padres y acabaría por encauzarla por el buen camino. Los de lograrlo, lo único que he conseguido con mi excesiva tolerancia, ha sido llegar a este extremo inconcebible e incalificable. Lo que ha hecho usted esta noche no tiene disculpa, Elisabeth, no tiene disculpa, y por consiguiente, debe usted expiar su falta. Mañana mismo serán vendidos su poney y su pato, que ya hemos guardado aquí demasiado tiempo.

Aquella amenaza tuvo la virtud de sacar de sus casillas a la niña, que hasta entonces había aguantado el chubasco con santa paciencia.

Se conmovió y sus ojos se ensombrecieron con una expresión de pena inmensa.

—¡Oh, señora! — gritó más que dijo, juntando sus manos en un gesto implorante—. ¡No haga usted eso! ¡No me quite usted a "Snoky" y a mi patito querido! Usted sabe que no son dos animales ordinarios. Papá y mamá les enseñaron muchos trucos de circo. Mi patito

hace cosas maravillosas. Hasta pone huevos...

—¿Y qué hay de maravilloso en ello? — exclamó la señora Higgins fuera de sí—. ¿Qué hay de extraordinario, vamos a ver? ¿Qué tiene de particular el poner un huevo?

Elisabeth hizo un gestecillo de desafío.

—¿Acaso puede usted poner un huevo? — inquirió con expresión maliciosa.

La señora Higgins soltó un grito.

—¡Basta, basta! — comenzó, obligándola a que se callara—. No diga usted más disparates... Mañana serán vendidos su poney y su pato... Esta es mi última palabra. Ahora, puede usted retirarse.

Y entonces Elisabeth, hecha un mar de lágrimas, fué a refugiarse en brazos de su querida hermanita Mary, que estaba ocupada en la cocina. Mary era una joven de diecisiete años, que gracias a las súplicas y los esfuerzos abnegados de la señora Denham, había sido admitida en el asilo, a pesar de su edad, no como asilada, sino como criada del establecimiento, a fin de que no tuviese que separarse de su hermanita menor, la gentil Elisabeth, que sentía por Mary un cariño en-

trañable, hecho de ternuras, filiales.

Mary cocinaba, barría, fregaba, iba a la compra, trabajaba abnegadamente todo el día con tal de que, sin contravenir las órdenes del establecimiento, le permitiesen permanecer al lado de su hermanita.

A cambio de lo que le había arrebatado tan prematuramente, Dios había querido dotar a la joven con el tesoro de una belleza exquisita y delicada, de una bondad y un espíritu de resignación hecho para resistir las pruebas más difíciles. Vivía en el orfanato tranquila y resignada, siendo para las niñas de la casa como una hermanita mayor, dulce y cariñosa con todas ellas, y para la señora Denham la mejor y más obediente de las sirvientas.

Lloraba Elisabeth, con la cabeza oculta sobre el pecho de su hermanita; lloraba tristemente, a grandes sollozos, y sus lágrimas eran como un líquido amargo que laceraba el corazón de su hermana, que la estrechaba en sus brazos maternales, intentando vanamente consolarla.

—¡Se llevan a "Snoky" y a mi patito! — exclamaba la niña amargamente. — La señora Higgins dice que va a venderlos porque yo he

dejado salir a "Snoky" al dormitorio esta noche.

—Vamos, vamos, querida — decía su hermanita dulcemente, acariciando la linda cabecita de la niña, llena de rizos dorados—. No llores así, has de pensar en una cosa. Si sigues llorando de esta manera, cuando llegue el momento de despedirte de "Snoky" no podrás contenerlo y él que es tan inteligente lo comprenderá todo. Tienes que hacerle fuerte para que él no se sienta desgraciado al separarse de ti. ¿Comprendes, Elisabeth? Has de hacerlo por él, para que no se disguste el pobrecito. La señora Higgins lo venderá seguramente a una persona buena que cuidará de él mejor que nosotros podemos hacerlo aquí, y que te permitirá verlo, así como al patito.

Elisabeth pareció consolarse un poquito.

—¡"Snoky" y yo éramos tan buenos amigos! — lamentó, secándose las lágrimas—. Pero si tú quieres, trataré de ser valiente, y así cuando tengamos que despedirnos de él, se irá confiado, creyendo que se lo llevan a dar un paseo.

—Perfectamente, Elisabeth: no esperaba menos de ti. Ahora ayúdame a preparar la comida.

Media hora después, la señora Denham, que bajaba la escalera, después de haber visitado los dormitorios de las niñas y cerciorarse de que todo estaba en orden, oyó los suaves acordes de un piano que preludiaba una dulce melodía. Casi en seguida se dejó sentir una voz infantil, la voz de Elisabeth, que empezaba una cancioncita alegre y animada que decía:

En mi sopa han caído animales de todas
[clases:
monos, conejos, leones y tigres,
pero yo me divertí mucho tragándome-

los,
y en cada cucharada que tome veo
leones y tigres, mirándome.
Cuando encuentro el terrible león
le muerdo, lo muerdo, y luego me lo tra-

ga.
En mi sopa han caído monos y conejos,
[tigres y leones,
pero yo me los he tragado,
y ahora mi estómago es como una "me-

magrita" muy grande.

La letra de la canción denotaba un exceso de imaginación bastante disculpable por parte de su autora, la gentil Elisabeth, cuyos recuerdos de los primeros años de su vida estaban asociados a todos aquellos animales que trataba de describir en su canción. Habiendo sido sus padres artistas de circo, había convivido con ellos durante los primeros años de su infancia, y así los

leones, tigres y monos y toda clase de animales del "zoo" habían llegado a serle tan familiares que por eso aceptaba la posibilidad de tragárselos lo mismo que si de cualquier molusco se tratara.

La música era muy graciosa y por demás acertada al ritmo que conviene a una canción infantil, y las demás niñas, que la habían aprendido cuidadosamente, no tardaron en asociarse a los cánticos de Elisabeth, formando un coro, un poco desafinado tal vez, pero lleno de los mejores deseos.

La señora Denham no pudo menos de sonreírse al oír aquel coro de voces infantiles. Eran sus queridas pupilas, y la buena señora sentía por ellas ternuras de madre. Avanzó sigilosamente, entreabrió la puerta del comedor y se quedó estasiada mirando la gentil y diminuta figurita de Elisabeth que, andando arriba y abajo del comedor, por entre la fila de largas mesas y enarbolando un tenedor como arma de defensa para protegerse tal vez de los posibles ataques de aquellos feroces animales descritos hacía un momento, que habían tenido el atrevimiento de meterse en su sopa, seguía cantando a más y mejor, coreada por sus compañeras y

acompañada al piano por su hermana Mary, autora de la música de aquella canción por demás pintoresca. Y en aquel momento sucedió la catástrofe. Los protectores del orfanato, con el viejo señor Wyckoff a la cabeza, aquel viejo señor Wyckoff cuyo jarabe para la tos había logrado hacerlo célebre en el mundo entero ¡y millonario!, acababan de llegar al orfanato y se disponían a visitar las dependencias del mismo, acompañados por la señora Higgins. Antes de llegar al comedor, oyeron a través de la puerta el gracioso coro de voces infantiles. Los protectores de aquella casa de caridad, sonrieron, pero no así el viejo Wyckoff y la señora Higgins, que miró asustada al irascible anciano, al oír que éste le decía con voz severa:

—¿Qué es eso, señora Higgins?
¿Las niñas cantando en el comedor?
¿Qué disciplina es esa?

La señora Higgins bajó la cabeza anonadada. No comprendía, no podía comprender lo que aquello significaba. Era una cosa que no había sucedido nunca en el orfanato. Intentó excusarse, pero comprendiendo que todo sería inútil y conociendo el terrible carácter del viejo, uno de los más ancianos y

más eminentes protectores de la casa, corrió hacia el comedor, abrió de par en par las puertas y entonces todos los allí reunidos tuvieron ocasión de presenciar el mismo espectáculo que había presenciado la señora Denham un momento antes, sólo que ahora, las educandas, al darse cuenta de que eran observadas, cesaron inmediatamente de cantar, bajando la cabeza avergonzadas.

El señor Wyckoff era uno de esos seres que todo se lo deben a sí mismos y por ese motivo no se creen en el deber de agradecer nada a nadie y, en cambio, se reservan el derecho a exigirselo todo... Como había tenido un aprendizaje duro en su vida de luchador, creía que el mejor medio para llegar a la cumbre era como él había empezado y vivir como él había vivido, apartando a un lado sentimentalismos de todas clases. Protegía al orfanato, tal vez por un ligero rescaldo caritativo, que anidaba en su alma, pero poseía el defecto inherente en alguna gente caritativa, de hacerse odiar hasta por los mismos a quienes protegía, a fuerza de recordárselo. Era seco de corazón y de alma, gruñón, frío, inflexible, orgulloso, rectilíneo, exento tanto

de vicios como de virtudes, odioso, en una palabra. Aquel sonido de voces infantiles no podía tener para él atractivo ninguna. No encontraba eco en su alma sombría y dura de viejo maniático. No podía conmover las fibras sensibles de su corazón, porque su corazón sólo servía para ayudarle a seguir viviendo su vida miserable y egoísta, pero no para hacerle sentir las más puras emociones del alma. No había en él posibilidad de ternura, de bondad, de dulzura o de afecto, porque eran para él desconocidas. Por eso, al oír el coro de voces infantiles, en lugar de alegrarse, de sentir el eco de felicidad que aquellas voces llevaban en sí mismas, supo ver tan sólo un grave quebrantamiento de la disciplina, tan grave, que en su léxico de hombre maniático e inflexible apenas si podía hallar un calificativo adecuado.

Se acercó a la niña, que medrosa y asustada, corrió a buscar refugio en los brazos acogedores de su hermana, y mirándola con expresión severa e inflexible, conminó:

—¿Quién te ha dado permiso para cantar a la hora de la comida, chiquilla malcriada? ¿Quién te lo ha dado? ¡Contesta!

Pero la niña no contestó, no po-

día contestarle, porque, realmente, aquel permiso nadie se lo había dado. Ella, con la inconsciencia de sus seis añitos alegres y despreocupados, se lo había tomado tranquilamente. En lugar de intentar, pues, dar una contestación antiafectoria capaz de apaciguar las iras de aquel energúmeno, se limitó a sonreír, a rascarse la linda cabecita, como hasta siempre que se encontraba en un momento difícil, y soltar su exclamación favorita, que sonó en los oídos del viejo señor Wyckoff como la peor de las blasfemias.

—¡Caracoles! — exclamó, y se quedó tan tranquila como si nada hubiese dicho.

La ira del señor Wyckoff al oír aquella contestación tan irrespetuosa llegó al paroxismo. Todo su rostro odioso de viejo cazarrabias se congestionó, al mismo tiempo que exclamaba, dirigiéndose a la señora Higgins:

—¿Qué es esa falta de respeto? ¿Es que les han dado ustedes permiso para que canten?

La buena mujer intentó excusarse pesadumbrada. Las niñas no habían cometido jamás una falta de disciplina semejante. Era algo inaudito e incomprensible. Nunca se les

había ocurrido a ellas darles permiso para que cantasen a las horas de la comida. Debía ser aquel diablillo de Elisabeth la que las había insurreccionado...

—Señor Wyckoff — balbuceó. —Nosotras les tenemos prohibido cantar en el comedor. No sé cómo ha podido suceder eso...

—No basta con prohibírselo — chilló aquel energúmeno, a quien el rostro compungido de Elisabeth, lejos de enternecerlo, había logrado exasperarlo—. Hay que castigarlas severamente cuando desobedecen. Es el único sistema para lograr que acaten el reglamento, y sin reglamento no puede haber orfelinato.

No contento con esa amenaza, el viejo odioso se acercó al grupo que formaban Elisabeth y su hermana Mary estrechamente abrazadas y, poniendo el gesto más agrío y duro de su vasto repertorio, conminó, amenazando a la pequeña:

—Eres una niña discolta y des aplicada y mereces un castigo.

Entonces se oyó la voz enojada de Mary, que, encarándose con el viejo, le decía con altanería:

—Ella no tiene la culpa. Fuí yo quien le pedí que cantara. Si hay algún mal en ella, yo debo ser cas-

tigada y no esta niña, que lo único que se proponía era hacer reír un poco a sus compañeras.

Pero el viejo no entendía el lenguaje de la lógica. Para él, el gesto de Elisabeth, primero echando por tierra, con sus cánticos, la disciplina del establecimiento, que a él nunca le parecería lo suficiente severa, y ahora el de aquella joven —ignoraba que fuese su hermana, — intentando defenderla, no eran otra cosa que signos evidentes de una indisciplina en el seno de aquella casa, indisciplina hija sin duda de la excesiva tolerancia que tenían para con las aisladas las profesoras que habían puesto a su cuidado. Miró a las dos hermanitas con expresión de rabia y de despecho. El hecho de que la joven se hubiese atrevido a decirle unas cuantas verdades a él, ¡a él!, el inventor del jarabe Wyckoff, conocido mundialmente y protector del asilo, le parecía una falta imperdonable. Bramó más que dijo, dirigiéndose a Mary, que, lejos de amilanarse, sostenía desafiadoramente su mirada:

—¿Es acaso usted también una huermanita, acogida a la caridad del orfelinato?

—Sí, señor — repuso la interrogada firmemente.

—¿Viviendo de caridad a sus años! ¿No le parece esto una vergüenza?

—¿Viviendo de caridad, dice usted? No, no, señor. Se equivoca usted de medio a medio. Voy a decirle lo que hago desde las seis de la mañana, hora en que me levanto, hasta las nueve de la noche, hora en que me acuesto. Fregar suelos, lavar platos, hacer las camas, planchar y cocinar... Esto es lo que hago, señor, esto es lo que hago a cambio de la comida que me dan... Y puesto que usted lo ha querido, voy a decirle lo que pienso, y voy a decirselo ahora mismo. Es usted un viejo tacaño y odioso que asusta con su sola presencia a las niñas del orfelinato.

Los otros cinco o seis protectores del asilo, que habían presenciado las escenas sin intervenir para nada, pero que habían sentido levantarse en sus corazones un sentimiento de protesta contra la conducta incalificable del anciano, se sintieron tentados de aplaudir las palabras audaces de la joven, dichas con toda su alma. No se atrevieron a hacerlo, pero en la expresión de sus rostros y de sus mira-

das, la joven comprendió que había encontrado en ellos sus mejores aliados, y que, en el fondo, estaban de absoluto acuerdo. Esto le dió ánimos para soportar sin desfallecimiento las miradas fulminantes del viejo y la severa actitud de la señora Higgins, quien, antes de retirarse en pos del energúmeno, que había decidido abandonar súbitamente el campo de batalla, tal vez porque acababa de comprender que no encontraría argumentos contra las duras palabras que acababa de dirigirle, le dijo con el tono severo de costumbre:

—Señorita Mary, la espero en mi despacho después de la visita. En cuanto a las niñas, que hagan el favor de salir ordenadamente y se dirijan al patio, para que nuestros queridos protectores tengan ocasión de conocerlas... Señora Denham, encárguese de que mis deseos queden cumplidos lo más pronto posible.

Salieron las niñas, salieron los protectores del orfelinato... salieron todos... todos menos un hombre joven, alto y arrogante, el único de los visitantes que al oír por primera vez la vozcita de las niñas cantando, antes de que el viejo hubiera tenido tiempo de soltar su

exabrupto, había murmurado un: "¡Qué delicioso!", con expresión de delirio. Aquel hombre joven era Edward Morgan, el millonario, el protector en quien la señora Higgins había puesto sus ojos pecadores para que les ayudase a realizar algunas mejoras en el orfanato, aquel orfanato de sus amores, al que había dedicado todos sus entusiasmos y entre las cuatro paredes del cual se consumía su sentimentalismo refrenado, contra el cual se empeñaba en poner la barrera infranqueable de una rigidez espiritual que estaba muy lejos de sentir. Ella era así, y nada podía hacerse. Y la señora Denham, que la conocía a fondo a pesar de todo, sonreía a veces, viéndola seca y estirada, reprendiendo a una de las huérfanas, cuando en el fondo de su alma estaba deseando comerse a besos.

Los ojos asombrados de Mary vieron avanzar a aquel hombre tan guapo y tan arrogante, y más se asombraron todavía al ver que le sonreían sus labios y la miraban sus ojos con una expresión de vivísima simpatía.

—Señorita, permítame decirle cuánta admiración y cuánta simpatía me ha inspirado usted por el

hecho de haberse atrevido a desafiar a ese perro viejo.

—Siento haber obrado de esta manera — repuso la joven humildemente—. Pero él insultó a la niña llamándola discolia y mala y ella no es ni una cosa ni otra. Es sencillamente una chiquilla de seis años, y este señor ignora, por lo visto, que una niña tiene derecho a cantar y a estar alegre...

—A fe mía, creo que esta niña es la criatura más adorable que he visto en mi vida. Estaba sencillamente encantadora cuando al viejo ese se le ocurrió abrir la puerta y la sorprendió cantando su linda cancioncita. Y a propósito de esa canción, ¿quién la ha compuesto? Tiene una música deliciosa...

—Yo — repuso Mary sencillamente.

El joven la miró asombrado.

—¿Es cierto? ¿Ha compuesto usted esta música? Entonces me atrevo a asegurar que es usted una gran artista. Además, toca usted el piano maravillosamente. No sonría usted, picarona, que no me estoy burlando... Lo que le digo es absolutamente cierto. ¿No quiere usted creerme?

—¿Por qué no? — repuso Mary sin dejar de sonreír, y mirando al

joven atentamente. Nunca en su vida había visto un hombre tan elegante y tan apuesto. Es verdad que hacía ya tres años que se consumía en el interior de aquel edificio, sin ver otros hombres que el lechero, el panadero y el verdulero. Hacía tanto tiempo que un ser perteneciente al sexo contrario no le hablaba con cariño, que Mary sentía ahora una sensación extraña, mezcla de miedo y de deleite. Apenas si se atrevía a creer que fuese verdad todo aquello. Creía estar soñando.

Pero, por lo visto, el sueño continuaba. El joven, lejos de desaparecer, seguía a su lado, y hasta se había sentado frente a ella y la miraba, la miraba atentamente, como si quisiera penetrar en sus más íntimos pensamientos. La joven tuvo un ligero sobresalto... "Si leyese en mis ojos lo que estoy pensando de él en este momento..." se dijo para sí misma, y esta idea la hizo ruborizarse hasta la raíz del cabello.

Edward Morgan cogió entonces una de las delicadas manos de la joven, entre las suyas fuertes y viriles y oprimiéndola dulcemente, le dijo con entonación cariñosa y persuasiva:

—Tengo que confesarle un terri-

ble secreto, señorita — dijo bajando la voz y poniendo un gesto tal que Mary empezó a asustarse seriamente—. Tengo que decirle... que yo también compango músicas algunas veces... — terminó sonriendo al ver la expresión asustada de Mary.

Esta no pudo abstenirse de soltar una sonora carcajada, una carcajada que, de haber sido oída por el viejo cascarrabias, seguramente le habría parecido extemporánea.

—¡Tiene gracia! — exclamó.

El joven se llevó un dedo a los labios, diciéndole:

—Pero, ¡por Dios! guárdeme usted el secreto. Que nadie lo sepa... Y ahora, señorita, sintiéndolo mucho, debo reunirme con mis compañeros. La señora Higgins no podría perdonarme nunca que el primer día que vengo a visitar el orfanato descuidase mis deberes. Pero cuando haya terminado con este deber desagradable, ¿me permitirá usted que la busque de nuevo y hablemos un ratito de música... o de lo que usted quiera?

La joven asintió con un gesto... Estaba tan turbada, tan emocionada, que apenas si había tenido voz para pronunciar un débil "sí".

—Y también me dejará usted oír

de nuevo esa canción tan linda que estaba cantando su hermanita cuando vinimos a interrumpirla. Y alguna otra cosa que usted haya compuesto, ¿verdad?

Esta vez comprendió Mary que era necesario hablar, pronunciar alguna palabra en vez de quedárselo mirando como una tonta y decir "sí" o "no" con la cabeza. Sonrió y, haciendo un esfuerzo sobrehumano, logró balbucear débilmente:

—Si usted lo desea...

—¡Claro que lo desea! — repuso el joven—. Si no, ya no se lo habría pedido. No tiene usted idea de lo que me gusta la música. Estuve en Austria estudiando una larga temporada. Aquello es maravilloso. Viví mucho tiempo entre los campesinos, que tienen una gran intuición musical y están orgullosos de ella. Son unas gentes admirables, se lo aseguro: adoran las cosas sencillas de la vida, sin complicaciones ni falsedades. Una canción, una flor les hace más felices que un puñado de dinero. Y ahora, además, querida amiguita, me despido. ¿Hasta luego, verdad?

—Hasta luego... — repuso la joven como un eco.

Salió Edward y sólo cuando ha-

ría desaparecido recordó la joven que había olvidado decirle que si había defendido tan calurosamente a la pequeña Elizabeth no había sido sólo por espíritu de justicia, sino también porque la pequeña era su hermanita.

Edward Morgan llegó al salón en donde se hallaban reunidos las directoras y los protectores del asilo, a tiempo de oír la voz desagradable del viejo que, sin duda para no perder la costumbre, seguía chillando y despotricando contra todo y contra todos. Ahora eran las proposiciones de mejoras para el establecimiento y los presupuestos de gastos los que tenían la virtud de sacar de sus casillas al odioso viejo.

—¿Columpios para el jardín?... ¿Y por qué necesitan columpios las niñas? Cuando yo era joven carecía de todo y nunca tuve tiempo de jugar a nada. Y, no obstante, míreme usted ahora...

La señora Denham, que era la que estaba aguantando el chubasco, le miró, en efecto, y no pudo abstenirse de pensar que con tiempo para divertirse o sin él, aquel emer-

gümeno habría sido siempre el mismo.

De un solo plumazo quedó borrada del libro de proposiciones la idea que había concebido la señora Denham para hacer más llevadera la vida de las asiladas del orfanato, proporcionándoles todos los medios de diversión posibles.

Siempre rezongando, el viejo siguió leyendo la lista de proyectos.

—¿Qué veo? ¿Alfombras para el dormitorio de las niñas? ¿Qué significa eso?

La señora Denham hizo un gesto de impaciencia.

—Pero, señor... — dijo tratando de controlar sus nervios, sin conseguirlo enteramente—. Las niñas se resfrían con el linóleo... ¡Es tan poca cosa lo que pedimos!

—¿Se resfrían, dice usted? Entonces, ¿de qué me sirve mandarles a ustedes mi jarabe? — chilló el viejo exasperado, levantándose y mirando indignado a la señora Denham—. Sepa usted, señora, que los que toman mi jarabe no se resfrían nunca, ni tosen jamás... Nada de alfombras ni linóleos; en mi niñez, yo carecí de todo eso, y sin embargo, míreme usted, míreme usted qué fuerte...

Y sin duda para dar más valor

a sus palabras, el viejo empezó a golpearse repetidamente el pecho, ni más ni menos que, si en lugar de ser el millonario Wyckoff, fuese un boxeador de peso fuerte. Al tercer puñetazo, un repentino ataque de tos vino a darle un rotundo mentís a sus afirmaciones y a ponerle en el más espantoso de los ridículos ante sus burlones oyentes. Los demás protectores que, conociendo el carácter del viejo, habían decidido no intervenir, reservándose el derecho de rectificar más tarde las órdenes del irascible anciano, sonrieron discretamente; la señora Denham, incapaz de querer mal a nadie, no pudo menos esta vez de desearle al viejo un oportuno ataque apoplético, y hasta la atribulada señora Higgins encontró sus órdenes demasiado severas.

Las asiladas, capitaneadas por Elisabeth, el diablillo de la casa, habían estado oyendo la perorata del viejo detrás de la puerta. Una idea diabólica cruzó por la mente de la pequeña, cuyas dotes histriónicas, heredadas sin duda de sus padres, eran algo maravilloso e inconcebible. Así no es de extrañar que cuando los protectores del orfanato, con el viejo energúmeno a la cabeza, abrieron la puerta pa-

ra dirigirse a otro departamento, sufrieran una nueva y más graciosa sorpresa. Andando arriba y abajo del salón, vestida con un abrigo de hombre que había encontrado en el guardarropa, cubierta su linda cabecita con un sombrero hongo que le caía sobre la naricilla y enarbolando un bastón con aire de amenaza, Elisabeth Blair en persona, la misma que media hora antes escandalizara al viejo millonario, lo estaba parodiando de la manera más graciosa del mundo, repitiendo las mismas palabras y los mismos gestos, para regocijo de sus compañeras, que la estaban mirando con la boca abierta:

"Nada de culumpias, nada de al-fombraa, nada de linoleuma, en mi niñez yo carecía de todo eso, y, sin embargo, mireme ustedes ahora qué fuerte..."

Se golpeó el pecho, lo mismo que había hecho el viejo, tosió... y entonces vió, entre sorprendida y aterrada, cómo el caricaturizado por ella avanzaba amenazador hacia el grupo formado por las asiladas, dispuesto sin duda a comérsela.

Por segunda vez los ojos indignados del señor Wyckoff vieron cómo Elisabeth, en lugar de bajar la cabeza, humillada por la trave-

sura incalificable que acababa de cometer, se rasaba la cabeza pronunciando su interjección favorita:

—¡Caracoles!

—¿Qué atrevimiento es ése? — bramó el señor Wyckoff dirigiéndose a la aterrada señora Higgins. —¡Mi sombrero y mi abrigo! ¡Hacer uso de mi sombrero y mi abrigo para parodiarme!

—Perdón, señor — dijo entonces Edward Morgan interviniendo. —Si no voy mal, son mi sombrero y mi abrigo las prendas que la tiña lleva con tanta gracia.

—Pero ¿y la falta de respeto? ¿Qué me dice usted de la falta de respeto?

Edward Morgan estuvo tentado de contestarle que la falta de respeto acababa de cometerla él con aquellas gentiles desheredadas de la vida, intentando hacerles sentir la presión de su mano férrea, por el solo hecho de protegerlas con un puñado de billétes. Falta de respeto, sí, y de amor al prójimo y de caridad—que la caridad no estriba solamente en dar el dinero, sino en saberlo dar generosamente—. Todo eso, y mucho más habría querido decirle Edward Morgan en aquel momento a aquel hombre odioso que intentaba constituirse en ver-

dugo de aquellos pequeños aereos.

Elisabeth, al ver la actitud protectora asumida por el millonario, que se había colocado a su lado y le sonreía amablemente, se tranquilizó un poquito y queriendo dar una explicación satisfactoria a su actitud de un momento antes, se excusó:

—Es que estábamos jugando...

La señora Higgins creyó llegado entonces el momento de intervenir.

—¿Elisabeth! — exclamó—. Es usted una niña incorregible. ¡Burlarse así de uno de sus mejores protectores!

—¿Incorregible, dice usted?... ¡Peor que eso, cien veces peor!... Esta niña está pervertida, y pervertirá a las demás educandas si no se la corrige a tiempo—sentenció duramente el señor Wyckoff—. Debe ser llevada a un reformatorio...

La sentencia era tan dura, que hasta la señora Higgins, acostumbrada a mantener su rigidez por encima de todo, perdió el control de sí misma y se estremeció de pies a cabeza. Los protectores iniciaron unas palabras de protesta y entre el coro de lamentaciones destacó la voz firme y viril de Edward Morgan, que sin inmutarse lo más mínimo, seguro del efecto que sus pa-

labras harían sobre el auditorio, amenazó a su vez:

—Si la niña es llevada a un reformatorio, dejaré de proteger inmediatamente el asilo. Ahora precisamente que tenía la intención de doblar la cantidad que mi padre tenía asignada...

Aquellas palabras fueron suficientes para calmar los ánimos. Siempre refunfuñando, el viejo Wyckoff renunció, no obstante, a descargar su ira sobre la rubia cabecita de Elisabeth y reiterar su amenaza, porque Edward Morgan acababa de hablarle, sin saberlo, el único lenguaje que él podía entender: el lenguaje del dinero. La cantidad que Morgan padre había dado siempre para proteger la institución benéfica, era mucho más importante que la que su avaricia le permitía, y ante el temor de perderla, nadie, ni siquiera la señora Higgins, se atrevería a ser el brazo ejecutor de su sentencia. Renunció, pues, aunque a regañadientes, a la seductora idea de encerrar a la discolia niña en un reformatorio, y, dando media vuelta, salió de la estancia, seguido de los demás protectores.

Edward Morgan no quiso formar parte de la comitiva. Había sido

demasiado. Sus nervios estaban a punto de estallar y temía que si el viejo soltaba otro exabrupto, no podría contener la tentación de decirle algo que no le sonaría precisamente bien. Se quedó allí, pues, junto a la niña y a la señora Denham, que se había apresurado a coger en sus brazos a Elisabeth, como si quisiera protegerla.

—Señora — dijo el joven amablemente, dirigiéndose a la excelente mujer—, quisiera hablar unos momentos a solas con la niña. ¿Me la permite usted?

—Con mucho gusto, caballero— repuso la señora Denham con una expresión dulce—. Elisabeth, este señor quiere hablarte...

Cinco minutos después, la niña, sentada sobre las rodillas de Edward Morgan, se entretenía en jugar con su corbata, al mismo tiempo que con un aire muy grave de persona mayor, iba contestando todas las preguntas que ésta le hacía:

—¿Te gustaría que fuésemos buenos amigos, tú y yo, Elisabeth? —preguntó el joven cariñosamente.

Elisabeth tenía la virtud de la franqueza. Era incapaz de decir nada contrario a los impulsos de su

corazoncito. Estaba todavía tan enojada por lo que acababa de sucederle con el viejo ridículo, que hacía extensivo su enojo a todos los protectores del asilo, aunque la hubiesen defendido. Hizo, pues, un gestecillo de desagrado y contestó rápidamente:

—Me parece que no señor...

Y al decir eso, ponía una cara tan sumamente cómica que Edward Morgan, al verla, no pudo menos de reírse con toda su alma.

—¿Por qué no quieres que seamos amigos?—preguntó.

Elisabeth se creyó obligada a dar sus razones. Razones importantísimas.

—Pues, porque no...

—Pero esto no es un motivo, Elisabeth. Tienes que decirme por qué no quieres que seamos amigos.

—Pues porque tengo que decirle a usted señor, y decir señor a todos los señores protectores, y sonreír, y ponermelo serio, y no hacer travesuras, y no cantar las canciones de Mary...

Morgan volvió a reírse. ¡Qué graciosa, pero qué graciosa era aquella chiquilla!

—Es que si somos amigos no tendrás que decirme nunca señor.

sino Edward. Además, yo soy un abogado...

—¿Qué es un abogado?—inquirió la niña, interesadísima.

—Un abogado es una persona que... ¿Cómo te diré? Por ejemplo, tú estás en un apuro muy grande, muy grande, y vas a un abogado, y el abogado te saca del apuro.

El rostro de la niña adquirió una expresión de asombro vivísimo.

—¡Oh! — exclamó—. Eraonces, yo necesitaría uno a cada momento.

—¿Te llamas Elisabeth, verdad?

—Sí, señor.

—Es un nombre muy bonito, pero, ¿sabes cómo te llamaría yo, si fueras mi hija? Pues "Ricitos de oro".

La niña palmoteó de gozo.

—Así me llamaban mis papaitos. Si usted lo quiere también puede llamarme como ellos.

—Me parece, que eres una niña muy inteligente, "Ricitos de oro".

—¡Oh, sí, señor!—dijo la niña modestamente—. Sé bailar, cantar y recitar poemas. ¿Quiere que le recite uno?

—Ya lo creo que lo quiero, Elisabeth. Pensaba pedirte.

La niña hizo un gestecillo de condescendencia. Se acomodó bien

en las rodillas de Edward Morgan, en las que, dicho sea de paso, se sentía divinamente, y empezó a recitar un pequeño poema que le había enseñado la señora Denham y que ella, en su maravillosa precocidad infantil, había aprendido inmediatamente. Decía así:

*Antes de ser una niña
era yo un pajarito.
No podía hablar, no podía reír,
no podía bailar ni jugar
pero era libre y feliz;
volaba por los bosques y los campos,
[poa,
ahora bailo y juego y río y hablo,
pero no puedo volar.*

—¡Muy bien, muy bien!—elogió Edward Morgan, aplaudiendo y besando a la gentil chiquilla con sincero entusiasmo—. Ahora escucha, Elisabeth. Tengo que decirte una cosa muy importante. Yo tengo un amigo...

La niña, que se había reconciliado enteramente con aquel protector tan distinto de los demás, y a quien, por añadidura, no tenía que decir "señor", palmoteó al oír aquellas palabras.

—Estoy segura que tiene usted muchos, muchos amigos...

Edward Morgan volvió a abrazarla.

—¡Aduladora! — reprochó cariñosamente, acariciando su rubia cabecita.

—Este amigo—continuó después de una corta pausa—es muy simpático. Le gustan una barbaridad las niñas inteligentes y travizas como tú, y estoy seguro que querrá adoptarte. Si tú quisieras, te daría muchas cosas bonitas, juguetes, trajes, docenas de muñecas, columpios, todo, todo lo que tú quisieras... Te adoptaría legalmente y sería como un padre para ti... ¿Qué te parece la idea? ¿Te gustaría ir a vivir a una casa muy bonita, muy bonita, donde pudieras cantar y bailar a tu gusto y siempre que quisieras?

Elisabeth permaneció unos minutos pensativa. Era indudable que la idea de poder hacer lo que le diera la gana le parecía excelente, pero por otra parte...

—¿Debo decidirme ahora mismo?—inquirió, mirando a su interlocutor, sonriente.

—Ahora, precisamente, no, pero cuanto más pronto mejor. Así yo podría avisar a ese amigo mío.

—Entonces espérame usted un minuto. Tengo que consultarlo. Vol-

veré en seguida...—se fue la niña, saltando al suelo y echando a correr antes de que Edward Morgan hubiese tenido tiempo de detenerla.

Salió Elisabeth y casi al mismo tiempo entró en el saloncito la señora Denham. Morgan fué a su encuentro, sonriendo.

—Señora—dijo amablemente—, tengo el propósito de adoptar a esta niña, Elisabeth Blair. Es una chiquilla encantadora y mi tía, con la cual vivo, sería como una madre para ella.

—¡Oh señor!—balbuceó la pobre mujer, emocionadísima—. ¡Qué más queremos nosotras que ver a nuestras queridas huérfanitas adoptadas por personas como usted! Pero...

—Y como a mí me gusta actuar rápidamente, le digo desde ahora que si ustedes dan su consentimiento empezaré a hacer todos los trámites necesarios para adoptarla legalmente, con una condición.

—¿Una condición?

—Sí; la de que la niña no sepa jamás que he sido yo quien la ha adoptado. Le haremos creer que actúa en nombre de un señor desconocido, a quien podemos llamar desde ahora Hiram Jones, por ejemplo. El pagará todos los gus-

tos, él le comprará todos los juguetes. Yo apareceré ante ella solamente como el brazo que ejecuta... No quiero que más tarde tenga nada que agradecerme.

—¡Oh, señor Morgan, es usted muy bueno, muy bueno! Yo no sé cómo agradecerle, pero hay una cosa que usted debe saber antes de decidir nada y es que Elisabeth tiene...

No pudo terminar la frase. En aquel momento entraba como un torbellino, Elisabeth Blair en persona, con su hermana Mary.

—¿Viene a darme una respuesta afirmativa, Elisabeth?—inquirió el joven, cogiéndola en sus brazos y besándola repetidamente.

La niña hizo con la cabeza un gesto dubitativo.

—No sé, no sé, señor. Tendríamos que decirle a su amigo, este señor que ha dicho que quería adoptarme, que yo... pues que yo no puedo irme sin mi hermanita Mary—terminó, señalando a la joven que se había detenido tímidamente en el umbral de la puerta.

—¡Tu hermana Mary!—repitió Morgan, como un eco. La noticia le había sorprendido.

—Sí—repuso la joven, avanzando—. Olvidé decirle antes... Se-

ñor Morgan, estamos profundamente agradecidas a la bondad de ese amigo suyo que quiere adoptar a Elisabeth, pero...

Se detuvo, acarició la linda cabecita de la niña que había acudido junto a ella y la escuchaba atentamente, y:

—Querida—dijo—, ¿quieres irte un ratito con tus amiguitas? Ya te llamaremos luego, para que te despidas del señor Morgan.

Obedeció la niña sin replicar, después de haberse dejado besar una y otra vez por Edward, que, por lo visto, estaba encantado con ella en lugar de reñirla como el viejo Wickoff, y entonces la joven continuó con una sonrisa triste:

—Cuando mi padre y mi madre murieron en un accidente de automóvil, me hicieron jurar que nunca abandonaría a mi hermanita Elisabeth y que sería como una madre para ella. Por eso, al entrar la niña en el asilo acepté el puesto de criada, para que mi querida Elisabeth pudiera vivir a mi lado y respetar el último deseo de mis padres. Nos necesitamos mutuamente, señor Morgan, y como no creo que su amigo quisiera... en fin, usted ya comprende. Dízale a su amigo

cuánto le agradecemos su ofrecimiento.

* * *

Pero Edward Morgan no se dió por vencido. Poseía una voluntad de acero heredada de su padre y, como él, había procurado emplearla siempre en el ejercicio del bien y en el cumplimiento del deber que su condición de hombre rico le imponía. De Edward Morgan habría podido decirse, como antes de su padre, que era uno de esos ricos que merecen serlo. Poseía un corazón de oro, un alma noble, franca, leal, sincera, entusiasta, sentimental, con un sentimentalismo sano y bien entendido. Desde niño, su padre había moldeado su carácter, inculcándole la idea de que cuando uno tiene la suerte de nacer rico, ha de procurar en todo momento hacerse acreedor a la merced que la vida le ha otorgado gratuitamente. Que sus deberes para con el prójimo son mucho más grandes y sus responsabilidades mucho mayores que los de otro mortal cualquiera. Que el mero disfrute de la vida muelle y regalada que la posesión del dinero nos concede puede engendrar multitud

de vicios, si el que lo posee no procura contrarrestarlos con el ejercicio continuado del bien, de la caridad sin tasa ni medida, del amor al prójimo, de la indulgencia, de la sencillez, de todas las virtudes que el parir de la vida no tiene tanta obligación de poseer. Le había enseñado, no a ser un santo, pero sí a ser un hombre de conciencia recta: a vivir como un príncipe, a no privarse de nada, pero también a emplear un tanto por ciento muy crecido de su fabulosa fortuna a remediar, en lo posible, la desgracia ajena. No había institución caritativa, ni amigo desvalido, ni entidad artística ni cultural, que no hubiese contado con la ayuda material y moral del gran financiero padre de Edward, y, ahora, su hijo llevaba camino de seguir las huellas de su padre, y aun aventurarlo. Edward Morgan se había identificado tanto con la labor filantrópica del autor de sus días que la sentía como suya propia aun antes de que éste muriese, dejándole heredero universal de su inmensa fortuna. Era joven, le gustaba la vida de sociedad, los largos viajes, tenía gustos refinados y caros, pero gustaba también de ocu-

parte de los negocios de su padre, de visitar las instituciones benéficas, los hospitales, encaramse y sondear el lado feo y triste de la vida con todas sus miserias y todos sus dolores, y sacar de él las enseñanzas necesarias para ser cada día un poco mejor y más humano. Así era el hombre que se había empeñado en proteger y adoptar a aquel angelito rubio de seis años de edad, que respondía al nombre de Elisabeth, era huérfanita de padre y madre, y tenía una hermanita sin la cual ella no podía aceptar nada, nada, ni siquiera la maravillosa perspectiva de poder cantar y bailar y hacer lo que le diera la realísima gana... Así era Edward Morgan, el millonario...

La noche del mismo día que el joven millonario visitó el orfanato, se hallaba Morgan sentado frente al piano improvisando una de aquellas canciones sentimentales que jamás se habría atrevido a tocar ni cantar ante nadie, excepto ante su querida tía, que tenía siempre para los desvaríos románticos de su sobrino, una amplia y acogedora sonrisa comprensiva.

Sólo en la estricta intimidad del hogar se atrevía el joven a "hacer música" como él decía, para dar

rienda suelta a su sentimentalismo innato que no hallaba satisfacción cumplida en la vida ordenada y metódica de hombre de negocios, ni tampoco en la vida regulada de millonario.

—¿Es una composición tuya?— inquirió la señora Graham, la simpática tía del joven, que había vivido siempre junto a él, tratando con su tacto exquisito de substituir en el corazón de Edward el amor de su madre, muerta prematuramente.

Edward, que había preludiado solamente los primeros acordes, sonrió:

—Sí, tía, sí. La última por ahora.

—Parece que ha de ser muy sentimental a juzgar por lo que acabo de oír...

—Tan sentimental, por lo menos, como su autor — aceptó Edward—. No lo olvides, tía: para todos, tu sobrino es un materialista, para ti, un sentimental con ribetes de cursilería...

—No digas tonterías, Edward. Te dejo con tu música. La oíré desde arriba. Antes de acostarme vendré a darte las buenas noches.

—Y yo, entretanto, me pensaré un nuevo piropo para dedicar a la

mujer más buena del mundo entero.— repuso galantemente el sobrino.

—¡Adalador!— reprochó la tía antes de marcharse, acercándose a éste y besándole en la frente.

Salió, y el joven se quedó a solas con su piano. Volvió a preludiar los mismos acordes de antes, y luego empezó una canción tierna y melancólica en la que se hablaba de ciclos estrellados, sueños maravillosos, cambios súbitos en una vida antes árida y ahora feliz, y un sin fin de sueños sentimentales que hacían creer, o bien que el joven se hallaba bajo los efectos de una crisis de romanticismo agudísimo, o bien que, efectivamente, un cambio grande se había operado en su vida, al que no eran tal vez del todo ajenos los ojos azules y un poco tristes de la dulce Mary Blair, la huérfanita... y también los ojos negros y alegres de Elisabeth, la gentil traviesa del orfanato...

Terminó la canción, y paseó su mirada distraída por las paredes del magnífico salón, cubiertas de cuadros de los mejores pintores antiguos y modernos. Y de pronto, como por arte de magia, al mirar atentamente el célebre cuadro de

Geinsborough, titulado "El joven vestido de azul", le pareció ver que el rostro del retrato adquiría los rasgos de Elisabeth Blair, la encantadora Elisabeth, con sus mismas rinitas doradas, sus ojos chiquitines y negros, su boca diminuta, su narizilla insolente... ¡Sí, sí! era Elisabeth vestida con el traje rosaculíma, Elisabeth, que le miraba sonriendo... Apartó los ojos del cuadro famoso para fijarlos en otro, y otra vez se produjo el fenómeno maravilloso. Y así en todos los cuadros, sucesivamente, la figura arrebatadora de la niña "robada" las facciones del modelo, y se le aparecía bajo aspectos distintos y bajo disfraces diversos.

Edward sonrió. Tenía la mente tan llena de la gentil nenita, que no podía apartar su imagen de su pensamiento... Y de nuevo los rasgos adorables se le aparecieron, pero esta vez el cuerpo gentil no vestía las galas magníficas de "El joven vestido de azul" sino el traje limpio y modesto de las alumnas del orfanato... Edward volvió a sonreírse. Acababa de hacerse una resolución irrevocable. La de que Elisabeth viniera a aquella casa fuera como fuera. Aunque para

conseguirio tuviese que traerse todo el orfanato.

Se sentó en un sillón, y apoyando la cabeza en el respaldo se quedó medio adormilado. Y aun entonces, la imagen de Elisabeth volvió a aparecersele.

Su tía, que acababa de bajar a darle las buenas noches, hubo de sacudirle fuertemente para que despertase.

—He bajado para que me dijeras el cumplido y te encuentro durmiendo.

—¡Oh, querida tía! Tendrás que perdonarme. He estado demasiado ocupado para acordarme del pirope prometido. He estado soñando despierto.

—¿Soñando despierto? ¡Malo, malo! Cuando un hombre de tu edad sueña despierto es que empieza a hacerse viejo...

—Poco galante eres con tu querido sobrino—repuso Edward, sonriendo—. Oye, tía, ¿ves este cuadro? —inquirió, señalándole “El joven vestido de azul”.

—Lo veo perfectísimamente, hijo mío. He goado y sigo gozando de una vista excelente.

—¿Qué harías, querida tía, si esta criatura adquiriera de pronto vida y movimiento?

—Me apresuraría a llamar al doctor —repuso la tía resueltamente.

—Me gustaría que esta criatura deliciosa pudiera venir a vivir con nosotros—siguió diciendo Edward, muy serio.

Esta vez la tía de Edward Morgan empezó a alarmarse seriamente. Miró al joven sorprendida, temiendo que durante su corta ausencia se hubiese dedicado a beber de una botella de whiskey, pero su sobrino no tenía costumbre de beber y su aspecto no era realmente el de un hombre que ha estado bebando abundantemente. ¿Si se habría vuelto loco de repente?

—Vivir junto a una criatura angelical como ésta, sentir su risa fresca, adivinar sus menores pensamientos, verla jugar y divertirse y andar de un lado para otro como un torbellino, rompiéndolo todo, cambiando las cosas de sitio, causando un alboroto a cada momento, comérsela a besos... ¿Qué te parece esto?—prosiguió.

“Me parece que te has vuelto loco”, estuvo a punto de contestarle la tía, pero no se atrevió. Había oído decir que a los locos no debe llevarse los nunca la contraria.

—¿Qué quieres que me parezca? Bien, muy bien, pero...

—Tía Adelaida, quiero que esta niña venga a vivir con nosotros. Dentro de unos días iremos a buscarla. Nos instalaremos en nuestra residencia veraniega a la orilla del mar.

—Sí, sí, hijo mío, lo que tú quieras...

—Y tú te encargarás de comprar todo lo que haga falta para ellas. Vestidos, juguetes, sombreros.

—Sí, sí, hijo mío. Cálmate, cálmate... y dime, ¿quiénes son esas "ellas" de quienes me hablas?

—Son la criatura del retrato y su hermanita. Pero, en fin, ya las verás y tendrás ocasión de juzgar por tí misma. Ahora, permíteme que te felicite cordialmente.

—¿Felicitarme? ¿Por qué? —inquirió la pobre mujer, más muerta que viva, ahora ya plenamente convencida de que las facultades mentales de su querido sobrino, siempre tan brillantes, estaban sufriendo un lamentable eclipse.

Su sobrino se había olvidado de hablarle de la huérfanita y de su visita al orfanato y sus palabras le resultaban completamente incomprendibles.

Pero no habían de acabar allí sus

sobresaltos. Todavía su sobrino debía darle un nuevo susto al contestarle con el aire más natural del mundo:

—Pues te felicito, tía, porque *estás a punto* de ser madre.

Y esta vez la pobre señora Graham estuvo a punto de desmayarse.

Unos días después, la magnífica limousine de Edward iba a buscar a Mary y Elisabeth Blair al orfanato. El joven millonario había hecho todos los trámites necesarios para adoptar a las dos huérfanitas y ahora ambas se disponían a entrar triunfalmente en una nueva vida que se abría a sus ojos asombrosos como la maravillosa visión de un cuento de hadas.

La señora Higgins y la señora Denham habían acudido a despedirlas a la puerta justo con las demás ailladas. La gentil y traviesa Elisabeth, después de haber besado a todas y cada una de sus compañeras, de haber hecho algunos pucheritos al despedirse de la señora Denham, de haberse dejado besar displicentemente por la regañosa señora Higgins, se había instalado al lado del chofer y ha-



—Y va, "Snoky", ¿te gusta yo?



—¡Caracoles!



—Es acaso usted también una huertanita acogida a la caridad del orfanato?



—vestida con un abrigo de hombre que había encontrado en el guardarropa...



—Es que estamos jugando.



...se entretiene en jugar con su corbata.



— ¿Sabes cómo te llamaría yo, si fueras mi hijo?



— Sé bailar, cantar y recitar poemas.



—...no puedo irme sin mi hermana Mary.



...estaba encantado con ella...



-No te olvides de
que ahora somos un
par de señoritas...



-¿De qué están te-
chaz nuestros pijamas,
Mary?



—y también me ha dicho que te van a mandar a un conservatorio de música—



...bailó, "con toda propiedad", una "auténtica" java...



...procedió, pues, a despertarle...



...acabando por ponerse a bailar...

bia dado la voz de marcha. Partió, pues, el auto acompañado de un coro de niñas de las allí reunidas, y entonces, la señora Denham, como si hubiese estado esperando aquel momento para dar rienda suelta al dolor que la partida de las hermanas Blair le ocasionaba, empezó a llorar desconsoladamente. Llorando estaba la mujer con toda su alma, cuando oyó a su lado una voz emocionada que le decía:

—Es usted demasiado sentimental, señora Denham. ¿Por qué llorar de esta manera?

Se volvió rápidamente y vió la figura escuálida de su superiora jerárquica, la señora Higgins en persona, con una cara tan compungida que inspiraba lástima. Tenía los ojos llenos de lágrimas, y estaba haciendo esfuerzos inauditos para disimularlas. Y es que en el corazón aparentemente frío de la señora Higgins cabían todas las ternuras imaginables, aunque ella se empeñase en aparentar lo contrario, y la partida de Mary y Elisabeth había obrado el milagro de hacer estéril por unos momentos, su capacidad de disimulo. Allí estaba ella llorando también a moco tendido viendo desaparecer el coche

que llevaba en su interior el más radiante rayito de sol del orfanato.

—Lloro porque soy muy feliz— repuso la Denham, mirando a través de sus lágrimas a la no menos llorosa señora Higgins.

En efecto, era muy feliz, en medio de su pena, al pensar que las dos huérfanas iban a encontrar al lado del joven millonario la felicidad a la que se habían hecho acreedoras. Pero la partida de ambas le había producido una sensación de pena desgarradora... No podía remediarlo.

—No debe usted llorar, señora Denham...

—¿No debo llorar? Entonces, ¿por qué está usted llorando?

Y entonces la señora Higgins, que hasta entonces se había hecho la ilusión de que estaba llorando "sólo por dentro" y nadie se había dado cuenta de sus lágrimas, contestó echándose a llorar también con toda su alma:

—¿Caramba! ¿Es que acaso no puedo yo sentirme feliz también?

Y así fué cómo la partida de Mary y Elisabeth originó un concierto de lágrimas.

* * *

La niña no se había olvidado de sus queridos animalitos. Una vez aceptada por parte del supuesto señor Hiram Jones la condición de que su hermana Mary debía ir con ella, la gentil Elisabeth inapuso asimismo la aceptación del caballito y el pato, condición que fué aceptada también sin grandes protestas. Por lo visto el señor Hiram Jones era un alma de Dios, capaz de doblegarse a todo con tal de que Elisabeth accediese a convertirse en su protegida.

El caballito y el pato viajaron aquel día por primera vez en su vida en el interior de una limousine magnífica, mientras que Elisabeth y su hermana Mary, más modestas, se acomodaron en los asientos de delante junto al chofer, a quien la idea de que en el interior del coche estaba llevando dos animales no le resultaba nada seductora.

Llegaron a casa de Edward Jones, quien ya se había trasladado previamente a su residencia de verano cerca del mar, es decir, en la misma playa.

Era una "villa" suntuosa y espléndida, con una suntuosidad no

exenta de sencillez, como conviene a una residencia veraniega. Grandes ventanales, muebles claros y sencillos, una magnífica terraza sobre el mar, y el jardín en la misma arena de la playa. En aquel palacio encantado iban a vivir durante los meses de verano las gentiles protegidas del misterioso señor Hiram Jones, quien había creído conveniente permanecer en el anonimato y se negaba resueltamente a darse a conocer, delegando a su amigo Edward la tarea de cuidar de las protegidas.

Cuando llegó el magnífico Rolls llevando a las dos hermanitas, el pato y el caballo, ya les estaba esperando en la puerta el estirado y circunspecto ayuda de cámara, quien al ver descender del interior del coche al despreocupado "Snooky" y al no menos despreocupado pato, no pudo contenerse e hizo una mueca de disgusto.

Elisabeth y su hermana descendieron también. Esta última, con aire tímido y encogido, la primera con el aire más despreocupado del mundo. Y es que Mary, desde el momento en que se enteró de que el señor Hiram Jones "accedía" también a adoptarla a ella, tuvo el presentimiento de que obraba de

aquel modo porque no había otro remedio, porque Elisabeth se habría negado a separarse de su lado, y esta idea, la idea de que sería tal vez considerada por todos como una "intrusa", se le hacía insuperable.

En cambio, Elisabeth, con la adorable inconsciencia de sus pocos años, no pensaba en otra cosa que en lo que le había dicho el señor Edward cuando le habló del amigo que quería adoptarla. Pensaba en que ahora "podría hacer lo que le diera la gana". La suntuosidad de la casa, las comodidades de que disfrutaría en adelante, poco o nada le importaban. En una casa más modesta y menos confortable habría sido sin duda igualmente feliz con tal de tener la seguridad de no haber de sujetarse en adelante al terrible reglamento del orfanato.

—Elisabeth—advirtió su hermana Mary al descender del coche, invitándola a contestar al saludo del ceremonioso ayuda de cámara—. No te olvides de que ahora somos un par de señoritas y como señoritas hemos de comportarnos.

—No lo olvidaré—repuso Elisabeth un poco escamada al ver la actitud del criado.

Entraron en la casa Elisabeth y Mary... y ¡cielo santo! también el caballo y el pata, quienes, al ver entrar a su amita, ni cortos ni perezosos habían decidido seguirla, sin importarles un ardite la actitud sorprendida e indignada del criado.

Robert, que así se llamaba el ayuda de cámara, procedió a anunciar a las recién llegadas, y entonces se vio salir apresuradamente del salón contiguo, al señor Edward Morgan en persona y una señora de edad avanzada, que acudía a su encuentro.

Edward se apresuró a coger a la niña en brazos y comérsela a besos. Estrechó cariñosamente la mano que Mary le tendía tímidamente, soltó una carcajada al ver al caballito y al pata que habían entrado allí como Pedro por su casa y dirigiéndose a su tía, dijo:

—Tía Genoveva, tengo el gusto de presentarte a nuestra nueva familia.

La buena señora, que una vez pasado el susto que su sobrino le diera aquella noche, y puesta al corriente del proyecto de éste, lo había aceptado con verdadero entusiasmo, recibió a las dos huertanitas con grandes y efusivas manifestaciones de afecto.

—Bienvenidas a esta casa, mis queridas niñas, y haga Dios que se encuentren ustedes tan a gusto en ella como nos encontraremos seguramente nosotros entre ustedes.

Entretanto, el ayuda de cámara estaba haciendo gestos desesperados para llamar la atención de su ama. Esto le vió al fin, y le preguntó lo que le pasaba.

—¿Qué haremos con esos huéspedes, señor? —inquirió el pobre hombre mostrando a "Snooky" y al pato que seguían en sus puestos.

Edward soltó una carcajada.

—Estos huéspedes serán conducidos al lugar que les hemos asignado—ordenó, y entonces, al crido, ni corto ni perezoso, se apresuró a sacarlos y llevarlos a una limpiísima pequeña cuadra, renegando, en su fuero interno, de tener que dedicarse a monesteres semejantes.

Cuando Elisabeth se dió cuenta de que sus queridos compañeros de juegos infantiles habían desaparecido, se empeñó en ver el lugar a donde habían sido conducidos, pero Edward Morgan se opuso amablemente, alegando que el viaje había sido muy fatigoso y debía descansar un buen rato antes de comer. Después ya le mostrarían todo lo que quisiera.

—Querida mía, el señor Jones, tu protector, insistió mucho sobre la necesidad de que descansases y no podemos oponernos a sus deseos. Ya sabes que ha sido muy bueno con vosotras y debemos obedecerle sin protestar.

Elisabeth se rascó la linda cabecita. ¿A aquello le llamaban "hacer lo que le diera la gana"? Apenas había llegado y ya le estaban dando órdenes oponiéndose a sus deseos... Decidió, no obstante, obedecer, reservándose el derecho a protestar más tarde si seguían contrariándola y se resignó a hacer el papel de niña obediente, aunque fuera por poco rato.

Se retiraron Elisabeth y su hermana Mary a la suntuosa habitación que les habían destinado y a la ama en punto fueron llamadas para la comida. Descendieron ambas al comedor, vestidas con los magníficos trajes que habían encontrado en su cuarto, y cuando la niña vió la cantidad y calidad de los guisos que iban a servirles no pudo evitar un gesto plebeyo y gracioso de sacar la lengua y relamerse.

Una cosa le sorprendió mucho y fué la presencia de Robert, que, más tieso y estirado que nunca,

permanecía de pie junto a su silla. Le miró y le remiró y a punto estuvo de decirle que se retirase, cuando, con su admirable precocidad infantil, comprendió que le habían ordenado permanecer allí para que la vigilase y fuese corrigiendo sus posibles desmanes.

Elisabeth tomó el partido de no ofenderse. Después de todo una niña criada primero en un ambiente de circo, y luego en un orfanato, no tiene obligación alguna de conocer a fondo las reglas de la buena educación, y por lo tanto, tiene derecho a cometer mil torpezas en una mesa de cumplido. Elisabeth decidió entonces hacer uso de sus ojos inteligentes para mirar atentamente a su alrededor y fijarse bien en la forma que comían los demás, cuándo y para qué guiso usaban cada uno de aquellos innumerables cubiertos que habían colocado frente a su plato, cómo debía colocarse la servilleta, etc... y así, al finalizar la comida, podía decirse que había cometido solamente unos cuantos errores geniales: uno de ellos, el de pretender beberse el agua que, en un pequeño recipiente de cristal, le habían traído al final de la comida y que servía nada menos para que metie-

se en él los dedos y se los lavase. Gracias a la oportuna intervención del criado, que con su mirada expresiva le indicó lo que debía hacer, pudo evitar la niña el caer en un error tan lamentable.

Terminó el primer ágape celebrado en compañía de su nueva familia, y Elisabeth no pudo menos de decirse que verdaderamente, aunque aquello de poder hacer lo que le diera la gana resultase una cosa muy problemática, valía la pena de sacrificarse un poquito con tal de poder seguir comiendo cada día aquellos guisos tan exquisitos que le habían dado.

Se levantaron todos, y Edward ordenó al criado que sirviera el café en la tertaza. Elisabeth se levantó también y quedándose un poco rezagada adrede para poder hablar con Robert, le hizo un signo con el dedito, indicándole que se inclinase. El criado era tan alto, y la niña tan pequeñita que, cuando estaban los dos de pie, apenas llegaba ésta a distinguir su cara. Obedeció Robert, y entonces Elisabeth le dijo, acercando mucho su boquita a la oreja de éste y como si quisiera hacerle una confidencia:

—Quiero darle a usted las gracias por la comida. Ha estado ri-

quísima. Nunca había comido así, ¿sabe? En el orfanato no saben guisar de esta manera.

La rigidez de Robert, que había estado flaqueando desde el primer momento en que vio saltar a la niña del automóvil, se rompió en mil pedazos al oír estas palabras. No pudo contenerse más; cogió a la pequeña en brazos y besándola repetidamente en las frescas mejillas, exclamó poseído de verdadero entusiasmo:

—¡Válgame Dios, y qué criatura tan deliciosa una han traído!

Pero en seguida reaccionó. Era un hombre consciente de la responsabilidad de su cargo y su cargo le impedía permitirse aquellas familiaridades con una "señorita", aunque fuese una cosa tan pequeña que no levantasé dos palmos del suelo y fuese además capaz de hacer perder la rigidez al chambelán de un palacio. Volvió, pues, a adoptar una actitud respetuosa y estirada, pero la niña, que había captado todo el valor de aquel arrebató, no se llamó a engaño. Le miró sonriendo, le guiñó el ojo picarescamente y haciéndole de nuevo señá de que se inclinara, le dijo:

—¿Verdad que siempre que haga una falta en la mesa usted me

avisará? Estaré muy contenta y muy agradecida.

—Sí, señorita—repuso el criado ceremoniosamente, inclinando la cabeza y disimulando a duras penas una sonrisa.

—¿Me lo promete usted?

—Prometido. Y procuraré servirle siempre como si fuera una princesa.

El día transcurrió deliciosamente. Elisabeth pudo ver al fin realizados sus deseos de visitar a "Spooky" y a su peto, y tuvo ocasión de cerciorarse de que estaban magníficamente instalados.

Llegó la hora de la cena, y la niña volvió a relamerse de gusto, comiendo con feroz apetito. Después se quedó jugando y entreteniéndose con la señora Graham, que por no ser menos que su sobrino estaba lo que se dice chocha con la criatura y bendecía el momento en que a su caritativo sobrino se le ocurrió visitar el orfanato.

Mary y Edward salieron un ratito al jardín. Hacía una noche cálida y magnífica. Hasta ellos llegaba, un poco apagado, el susurro del mar, que, cerca de allí, seguía cantando su eterna canción inmutable. Noche de luna, noche propi-

cia al amor, noche para pasear al lado de la mujer amada y extasiarse en la contemplación de su rostro, pensó Edward.

Mary y Edward paseaban en silencio. Este miraba extasiado la serena belleza de la joven, cuyos ojos azules, a la suave luz de la luna, parecían más grandes y más misteriosos. Y Edward Morgan, el eterno enamoradizo, incapaz de permanecer insensible ni quieto ante una belleza femenina, no osaba ahora ni siquiera rozar con su manga el brazo de la joven. No veía en ella la mujer sino la niña, la dulce huérfana, apenas unos años mayor que la pequeña Elisabeth, a la que un deber de humanidad le ordenaba querer y respetar como una hermana. Aquel tierno capullo de mujer, confiado a su cuidado, podía permanecer tranquilo. Ni una sombra de mal pensamiento pasaría jamás por la imaginación de Edward. La belleza serena y casta de Mary era como un oasis de pureza en su vida de hombre acostumbrado a ceder a la tentación de momento.

La joven fué la primera en hablar, rompiendo el divino éxtasis de aquel instante. Habló y su voz

suave y pausada tenía acentos de caricia.

—¡Qué hermoso es todo eso, señor Edward! Tan hermoso, que me parece estar viviendo un sueño, y que no he de tardar en despertarme en el cuarto triste y sordido del orfanato. No puedo quejarme, porque han sido muy buenos conmigo, acogiéndome a mí y a mi hermana en aquella institución benéfica, cuando murieron nuestros padres, dejándonos completamente desesperadas, pero esto, ¡es tan distinto! ¡Tan distinto!

—Entonces, ¿es usted feliz, Mary?—inquirió el joven dulcemente.

—¡Feliz, dice usted! ¡Soy algo más que eso! Soy... ¡Oh, no creo que pueda expresarse con palabras! Sólo le diré que nunca le agradeceré bastante a este señor Hiram Jones lo que está haciendo por nosotras. Y también a ustedes accediendo a hospedarnos en su casa. Pero, dígame: ¿quién es ese señor? ¿Por qué no ha querido que le conociéramos? ¿Por qué se esconde de nosotras en lugar de venir a recoger nuestro agradecimiento?

—El señor Jones — repuso Edward con voz grave — es un hombre un poco extraño. Le conozco

muy íntimamente y puedo asegurarle que, en el fondo, es todo lo contrario de un misántropo. No ha querido darse a conocer porque no quiere que se crean ustedes obligadas a agradecerle una cosa que él considera un deber de humanidad. Es un sentimental que anda por la vida en busca de un gran amor que satisfaga sus ansias de amar y ser amado... Este es el señor Jones. Un hombre, ni mejor ni peor que otro hombre cualquiera, que huaca un ideal sin conseguir hallarlo...

—¿No llegó nunca a encontrarlo?

—No, nunca.

—Lo encontrará, sin duda, más tarde o más temprano. Se lo merece. Un hombre como él...

—Tal vez esté usted en lo cierto. Tal vez haya empezado ya a hallarlo—repuso Edward, sonriendo levemente.

—Quiero pedirle una cosa, señor Morgan—insinuó entonces la joven con voz velada por la emoción—. Cuando lo vea usted dígame que nosotros somos felices y le estamos agradecidas desde el fondo de nuestra alma, que le deseamos a él toda la felicidad posible en este mundo y...

—Se lo diré, Mary, y tengo la

seguridad de que al saber que son ustedes felices él se sentirá también dichoso.

Había llegado la hora de acostarse. La gentil Elisabeth se moría de sueño y no era cosa de dejarla ir sola a la cama. Mary decidió, pues, irse con la niña. También ella sentía la necesidad de descansar, de recogerse en la intimidad de su cuarto y meditar sobre su felicidad presente, que todavía seguía empeñada en considerar como un sueño.

Habían bastado unas horas de intimidad con Edward Morgan y la señora Graham para convencerse de que, ellos, por lo menos, lejos de considerarla como una "intensa", de la que no podían prescindir si querían cumplir el encargo de su protector desconocido, la habían acogido con tan vivísimas pruebas de afecto y simpatía que no podía haberle duda alguna respecto a la naturaleza de sus sentimientos. No era la simple materialidad de una casa lujosa, de unos trajes magníficos como ella no se habría atrevido a soñar jamás, de una vida regulada y confortable, no era el cambio súbito de criada a señorita lo que la hacía feliz, plenamente feliz, sino el divino placer de sen-

tirre acollita con cariño, tratada con dulzura, colmada de atenciones por parte de los dueños de aquella casa.

La señora Graham le recordaba a la dulce y buena señora Denham, con su amable campechanía, tratándola como si toda la vida hubiese vivido a su lado y llamándola "hija mía" desde el primer instante. En cuanto al señor Morgan, el señor Morgan... Pues hico, era tan amable, tan guapo, tan bien educado, tan galante, tan... en fin, que ella, pues, si... ella habría deseado, por ejemplo, que fuese el señor Jones en persona, que, además de su trato exquisito, además de su finura y galantería tuviese que agradecerle también la protección que les dispensaba a ella y a su hermanita...

Embebida en sus pensamientos, se fué desnudando, se roció en la cama y se entretuvo en observar a Elisabeth, que vestida con un lindísimo pijama de seda se disponía también a meterse en su camita, junto a la de ella.

—¿De qué están hechos nuestros pijamas, Mary? — inquirió Elisabeth, curiosamente.

—Pues están hechos de seda. ¿No lo ves?

—¿De seda? ¡Caracoles! — exclamó la niña, soltando su expresión favorita siempre que recibía alguna sorpresa muy grande.

—¿Sabes? — continuó después de un corto intervalo empleado en palpar aquel material exquisito con el cual habían confeccionado sus pijamas—. La señora Graham me ha dicho que la llamo tía Genoveva, y también me ha dicho que te van a mandar a un conservatorio de música, porque su sobrino le dijo que eres una gran pianista...

—Sí, ya lo sé, el señor Morgan me lo ha dicho.

—A mí me ha dicho que me va a regalar un coche para que lo arrastre mi poney. ¿Qué te parece?

—Me parece que todo es tan maravilloso que debemos dormirnos en seguida y soñar todo eso — repuso Mary, que empezaba a sentir los efectos del cansancio y las emociones de aquel día inolvidable.

—¿Es muy rico el señor Jones? — siguió preguntando Elisabeth con esa curiosidad insaciable de los niños.

—Sí, muy rico.

—¿Tal vez el hombre más rico del mundo? ¡Caracoles! Entonces podrá regalarme todos los juguetes que quiera... Y el señor Morgan

también, aunque no sea mi protector, porque es muy simpático y me quiere mucho.

Se detuvo al ver que su hermana había cerrado los ojos y fingía dormir. Entonces se acordó de que ella también tenía sueño. Se metió en la cama, se arrebujó entre las sábanas, y cinco minutos después estaban ambas durmiendo beatíficamente.

* * *

Y se sucedieron unas semanas de felicidad indescriptible. Edward Morgan se había tomado tan en serio su papel de protector de las huérfanas, que se había olvidado de todo lo que no fuera proporcionarles la felicidad apetecida. No había capricho que se le antojase a Elisabeth que no se viese pronto satisfecho; no hubo juguete deseado que no llegase pronto a sus manos; no hubo momento de placer que le fuese escatimado. Tan feliz era la niña, que hasta se había vuelto obediente. Bastaba con que la señora Graham insinuase la idea de que se fuera a la cama para que Elisabeth acudiera solícita a darles a todos el beso de buena noche y corriera a su cuarto. Había aprendido a

comer como una señora, a sonreír y decir, "sí, señor", "no, señor", sin que para hacerlo tuviera que forzar su voluntad como sucedía en el orfanato. En una palabra, la bondad, el cariño, las comodidades que la rodeaban habían cambiado enteramente su carácter siempre delicioso, pero un poco discolorado y rebelde.

Edward Morgan había cumplido su palabra, le había comprado un cochecito para su poney, la había enseñado a nadar, a practicar toda clase de "sports" para convertirla andando el tiempo en una jovencita fuerte y moderna y compensar así los años perdidos en el ambiente un poco lóbrego del orfanato. La niña estaba loca, lo que se dice loca con el señor Morgan, y también con la señora Graham, haciendo siempre las delicias de todos, sobre todo un día en que, en la playa, bailó con "toda propiedad" una "auténtica" java.

En cuanto a su generoso protector, el señor Hiram Jones, seguía envuelto en el anónimo, y a fe que la niña lo sentía en el alma. Habría querido conocerlo personalmente, darle las gracias por su generosidad para con ellas, ya que el señor Morgan le decía siempre que

todas aquellas cosas tan bonitas que le compraba eran regalo del señor Jones, pero el buen señor seguía empeñado en hacerse el desentendido, sin aparecer nunca por aquella casa.

También Robert se había convertido en un sujeto preferente de sus simpatías. Lástima grande que siguiese también empeñado en decirle siempre "sí, señorita", "no, señorita", e inclinar la cabeza cada vez que ésta le dirigía la palabra, lo que la obligaba a ella a devolver el saludo y doblar a su vez el espinazo... Todas estas etiquetas no podía comprenderlas Elisabeth ni mucho menos aceptarlas. Con menos saludos y más confianza ella y Robert habrían podido llegar a ser los mejores amigos del mundo.

Aquella mañana tía Genoveva se las había llevado a la playa. Edward no pudo acompañarlas porque tenía una cita con los consejeros del Banco y había tenido que ir a la ciudad, pero prometió regresar aquella misma noche.

Jugaba la niña muy entretenida con la arena de la playa, mientras que tía Genoveva hablaba animadamente con un joven del que Elisabeth sabía solamente que se llamaba Jimmy y acostumbraba acom-

pañar mucho a su hermanita Mary.

—Tía Genoveva — decía el joven, dirigiéndose a la buena señora, a quien todo el mundo conocía por el apodo de "tía Genoveva"—: tengo que decirle una cosa, pero no sé cómo empezar; si usted quisiera ayudarme...

—Lo intentaré—repuso la buena señora, sonriendo—. ¿Se trata acaso de Mary?

El joven hizo con la cabeza un signo de asentimiento.

—A propósito de Mary — continuó la tía Genoveva—. Se ha ido hace un buen rato con un grupo de jóvenes y muchachos a dar un paseo en bote. ¿Por qué no les ha acompañado?

—No tenía ganas de nadar hoy, y mucho menos irme con ese grupo. Me gusta salir con Mary a solas, llevarla en mi aeroplano, nadar con ella...

—Ya, ya... — repuso la buena señora; sabía adónde quería ir a parar el joven y no tenía el menor deseo de detenerlo.

—¿Se ha fijado usted, tía Genoveva, en que Mary y yo tenemos los mismos gustos? A los dos nos gusta volar, nadar, jugar al tenis... a ella le encanta el baile y yo me pasaría la vida entera dando vuél-

tas como una peonza. ¿No es es muy significativo?

—Muy significativo, en efecto— repuso la señora Graham, sonriendo.

—Este verano hemos pasado unos días deliciosos, yendo siempre juntos de un lado a otro. Y yo, tía Genoveva, pues ya... en fin, creo que me he enamorado de ella.

—¡Carumba, carumba! Esto es una cosa muy seria— repuso tía Genoveva bromeando. Le hacía gracia el amor del joven, expresado en una forma tan sencilla como pintoresca.

—Y como tengo la esperanza de hacerme querer algún día de ella, había pensado hablarle al señor Hiram Jones, su protector, pero dicen ustedes que está en Europa... y por otra parte, Mary no parece de momento muy bien dispuesta a tomarse nada en serio... También pensé escribirle una carta, pero no me atrevo a hacer nada sin permiso de Mary.

—Bien, bien...—aceptó la señora Graham condescendiente, y viendo que Mary y sus amigos acababan de desembarcar y se dirigían hacia ellos, prometió—: Haré todo lo que pueda para ayudarle, mi querido Jimmy, pero usted, por su

parte, ha de procurar espabilarla. Piense que Mary es una joven muy linda y todos los muchachos andan locos detrás de ella... Entretanto, hará usted una obra de caridad comprándose un ticket para la función benéfica que vamos a celebrar el próximo martes por la noche, a beneficio del orfanato de Lakeshire. Trabaja Mary...

—En esto caso lo voy a comprar una docena— repuso el joven, sonriendo.

...

En efecto, en casa de Morgan estaban ultimando a toda prisa los preparativos para la función a beneficio del orfanato. Mary había lanzado tímidamente la idea y había sido acogida con unánime entusiasmo por parte de todos, y Edward se había apresurado a organizar una fiesta digna de su nombre y de su fortuna. Con lo que se recaudase, las gentiles señoras de Lakeshire podrían obtener no sólo aquellos columpios que habían tenido la virtud de exasperar al viejo Wyckoff, sino también pistas de tennis y toda clase de entretenimientos que les ayudarían a hacer

más llevadera la tristeza de su vida de asiladas.

Cuando Edward Morgan tomaba bajo su tutela una institución benéfica no acostumbraba hacer las cosas a medias. El millonario tenía además sus motivos para estar agradecido a aquel orfanato. De allí había salido aquel rayito de sol que alegraba su vida un poco monótona y demasiado muelle de hombre rico, y también de allí había salido aquella joven de ojos azules, tan dulce, tan modosita, tan callada, que seguía mirándole tímidamente y ruborizándose hasta la raíz del cabello cada vez que él le dirigía la palabra, y que sin embargo, con toda su dulzura, con toda su timidez, con toda su "insignificancia" se le había ido metiendo calladito corazón adentro, corazón adentro...

Y Morgan, con sus treinta y seis años bien cumplidos, apenas si se atrevía a confesarse a sí mismo que estaba enamorado como un colegial de aquella jovencita que, por la edad, casi podía ser su hija.

La noche de la fiesta Mary estaba más hermosa que nunca. Vestida con un vaporoso traje de seda y tul, adornado con grandes volantes y un cinturón de terciopelo,

apareció en el escenario improvisado, para cantar una canción romántica y sentimental, compuesta por ella misma.

La letra, adaptada admirablemente a la música y que Mary había escogido en un libro de versos encontrado en la biblioteca de Morgan, no podía resultar más alusiva para Edward. Tenía razón la canción: ¿Por qué empeñarse en buscar lejos de él la felicidad que tenía al alcance de la mano? ¿Para qué complicarse la vida pensando en que casi le doblaba la edad, en que si ella le aceptaba tal vez lo haría por agradecimiento, o en que ella, con toda su dulzura, con toda su timidez, se atrevería tal vez a darle unas solemnisimas calabazas?... Y Morgan, hombre de voluntad férrea, poco dado a las indecisiones, se hizo el firme propósito de declararse a Mary a la primera ocasión propicia. Basta ya de paseos a la luz de la luna, hablándole siempre de aquel protector misterioso que no había existido nunca; basta de miradas lánguidas y de apretones de manos; basta de hacer versos para ella que nunca se atrevía a enseñarle; basta de seguir comportándose como un jovencito inexpecto... Le hablaría a Ma-

ry claramente, sin ambages ni rodeos, llamando las cosas por su nombre, diciéndole que estaba locamente enamorado de ella y que quería casarse la semana siguiente... Y le aceptase ella o no, Edward estaba seguro de una cosa. De que su respuesta sería sincera, sin que pesase para nada en la balanza de sus sentimientos el dinero ni la posición que ocupaba en el gran mundo. Mary decía "sí" o "no" sencillamente, poniendo en la respuesta toda su alma... Porque Mary era la verdad misma, era la sinceridad y la bondad y la pureza hechas carne de mujer, y Morgan la quería, la quería, sí, como un loco... o como un hombre.

En este punto se hallaba de sus meditaciones cuando acaparó de nuevo su atención lo que estaba sucediendo en el escenario.

Le había tocado el turno a Elisabeth, y la niña, con aquella habilidad histrionica de que había dado pruebas sobradas en el orfelinato, había salido despreocupadamente al escenario, dispuesta a dejar tamañitas a todas las estrellas del music-hall, el cine y el teatro.

Cantó primero una cancioncita alusiva a sus pocos años, hablando de las obligaciones que la espera-

ban cuando fuera creciendo, creciendo y se convirtiese en una jovencita de dieciocho primavera...

Al llegar a este punto de la canción desapareció la niña para salir al cabo de unos momentos, convertida en la jovencita de marras... es decir, llevando un traje de "presentación en sociedad", un precioso traje de organdí, de falda larga, y peinada también como una jovencita... Sus rebeldes rizos habían sido sujetados hacia atrás por un peluquero inflexible, y ahora la gentil Elisabeth aparecía a los asombrados y deleitados ojos de los espectadores como una gentil damita pronta a bailar su primer baile...

Cantó entonces la segunda estrofa de la canción, en la que decía que era tan bonita y tenía el pie tan pequeño como el de la Cenicienta. Lo único que no podía aceptar ella era la idea de tener que volver a casa tan temprano, como la gentil muchacha del cuento. Por supuesto, iba a encontrar también al príncipe encantador, que le probaría el zapatico... La manera cómo Elisabeth cantaba y accionaba la canción era algo que valía la pena de ser visto.

Desapareció de nuevo unos momentos para volver a aparecer, esta

vez vestida con un suntuoso traje de novia y un velo de encaje que le caía sobre la espalda. Estaba graciosísima, arrebatadora. Cantó la tercera estrofa de la canción, en la que resultaba que ya había encontrado el príncipe encantado y se disponía a casarse con él en seguida, en seguidita... Tenía veintión años, la edad mejor para el amor, y estaba muy enamorada. Era una novia muy bonita, muy bonita... tan bonita como la novia que había visto en el dibujo de un cuento de hadas...

Nueva y última desaparición de aquel "Frégoli" femenino para volver a aparecer admirablemente disfrazada de señora anciana, con una propiedad admirable. Un traje negro y severo, una peluca blanca, y unos lentes cabalgando sobre una diminuta naricilla. El efecto no podía ser más cómico y sorprendente a la vez... Cantó la última estrofa, y los espectadores tuvieron ocasión de enterarse de que creciendo, creciendo había llegado por fin a ser una señora viejecita, viejecita... una señora que parecía arrancada de un cuadro que había visto ella en una exposición... una señora que no debía salir nunca de casa y debía quedarle a coser al lado del fuego

las noches de crudo invierno, sentada en una mecedora. Tan seductora siempre, con su trajecito negro y su cofia blanca.

Y de pronto, la pequeña Elisabeth volvía por los fueros de su niñez perdida. La "anciana respetable" abandonaba la mecedora en donde se había sentado a dormir, y levantándose descaradamente la falda empezaba a bailar un fox dislocado, con el consiguiente asombro y regocijo de los espectadores...

El éxito de Elisabeth fué algo inenarrable. Tuvo que salir una docena de veces a saludar al "respetable" que no se cansaba de aplaudir rabiosamente y prodigarle toda suerte de elogios cada vez que asomaba su linda cabecita y doblaba el espinazo para corresponder al entusiasmo frenético de los espectadores...

Y es que la linda chiquilla se había mostrado, no ya como una niña precoz, sino como una actriz consumada. Había bailado, cantado, accionado, actuado con tanta maestría, que hacía pensar en un fenómeno maravilloso de intuición escénica. Sí, Elisabeth lo llevaba en la sangre: no era la niña inteligente, de memoria prodigiosa que

puede aprenderse fácilmente un papel y recitarlo con mayor o menor acierto. Era la actriz maravillosa, que había dentro de ella, que acababa de revelarse.

La señora Denbam, que invitada amablemente por tía Genoveva, había acudido a presenciar el espectáculo, lloraba de emoción y de alegría; la tía Genoveva aseguraba a todo el que quisiera oírlo que la pequeña Elisabeth era la octava maravilla, y en cuanto a Robert, que tieso y ceremonioso como siempre, estaba presenciando el espectáculo, no pudo contenerse y olvidándose de los deberes de su cargo que le ordenaban permanecer impassible, empezó a aplaudir también rubiosamente.

Edward Morgan y Jimmy se habían sentado uno al lado del otro para presenciar el espectáculo. Mientras Mary cantó su bella y seductora canción, se les vió á ambos agitándose en su asiento nerviosos e inquietos. Su propia inquietud le dió a Morgan la pista para sorprender la inquietud de su joven vecino. Le observó disimuladamente por el rabillo del ojo y vió que el muchacho, a su vez, le estaba también espionando. Una idea cruzó por su mente... ¡Si Jimmy estu-

viera también interesado por Mary! Recordó entonces haberlos visto juntos y muy conatos varias veces...

El rostro de Edward Morgan se alteró con una fuerte expresión de descontento. Acababa de descubrir una cosa que le resultaba bastante desagradable. ¿Iria aquel pollo imberbe a disputarle el amor de...? Y entonces Edward Morgan descubrió con gran sorpresa y sobresalto que estaba celoso. ¡Sí, celoso de que otro hombre pudiera arrebatarle la mujer amada!

Terminó el espectáculo. Todos los invitados felicitaron efusivamente a Mary y Elisabeth, por su actuación maravillosa... Se organizó luego un baile que resultó muy animado... hubo plácemes y felicitaciones por el éxito del espectáculo, que había superado todas las esperanzas. La recaudación alcanzaba una cifra fantástica, que fué aumentada considerablemente por el anfitrión de la fiesta, con un donativo espléndido. Las lindas huerfanitas de Lakeshire podían respirar tranquilas. De aquí en adelante tendrían un columpio colgando de cada árbol del jardín, si así lo deseaban. El buen corazón de unos seres que, en medio de su fe-

licidad, no se olvidaban de la ajena desgracia, y la generosidad de un hombre que sabía que el mejor medio para hacerse perdonar la riqueza y la única manera de hacer buen uso de ella era practicando la caridad a manos llenas, lograría el milagro de hacer cada vez más llevadera y confortable su triste vida de asiladas.

Edward, que se había hecho íntimamente el firme propósito de declararse a Mary lo más pronto posible, no se atrevió, sin embargo, a hacerlo aquella misma noche. Una timidez extraña, un temor irreprimible a ser rechazado se lo impedía.

Ahora le venían a la memoria multitud de detalles a los que, a pesar de que no le habían pasado inadvertidos, no había dado ninguna importancia. En efecto, Edward había tenido ocasión de constatar la timidez, el encogimiento revelado por Mary cada vez que él le dirigía la palabra. Si salían juntos, la joven apenas se atrevía a contestar con monosílabos las preguntas que él le dirigía. Si él le hacía alguna confidencia, si le hacía algún

relato interesante de sus viajes, le hablaba de sus sentimientos y aspiraciones, la dulce Mary le escuchaba con recogimiento, con interés vivísimo, mirándole de vez en cuando con sus grandes y puros ojos azules, pero en cuanto él, cediendo al poderoso atractivo de los ojos de Mary fijaba también en ella la mirada, intentando sostenerla y escudriñar tal vez el dulce secreto que se ocultaba tras aquellas pupilas claras, Mary desviaba inmediatamente los ojos para fijarlos obstinadamente en el suelo.

A juzgar por esta actitud de la joven, habría podido deducirse que seguía conservando la misma timidez encantadora, el mismo encogimiento turbador de sus tiempos de orfelinato. ¡Pero no era así! ¡No era así! Ahora Edward lo recordaba claramente. ¿Cómo había sido tan ciego de no darse cuenta? Mary, tan tímida para con él, tan "poquita cosa", tan encogida, cuando estaba a su lado, adquiría lejos del influjo que su presencia parecía ejercer sobre ella, un aplomo admirable, sobre todo con los jóvenes de su edad, que desde su llegada a casa de Edward le habían puesto cerco. Refa, bailaba, conversaba animadamente, flirteaba, sí,

señor, ¡flirteaba! con todos, siempre en el terreno de la más estricta corrección, pero se portaba, en fin, como una mujercita refinada, consciente del poder irresistible de su juventud y de su belleza. ¡Ah, aquella Mary tan femenina, tan coqueta, era una Mary muy distinta a la Mary tímida y encogida que él conocía! Una Mary que casi no se atrevía a mirarlo nunca de frente, que cuando hablaba con él se ruborizaba como una adolescente, que...

Si Edward Morgan hubiese sido un hombre vanidoso, o un don Juan profesional, habría sacado inmediatamente de todo esto la conclusión de que el comportamiento de Mary obedecía a que estaba enamorada de él... y tal vez no se habría equivocado. Pero Edward no había sido nunca un hombre pagado de sí mismo, sino todo lo contrario. Por el hecho de ser tan fabulosamente rico había considerado siempre con cierto escepticismo, sus triunfos entre las mujeres, a las que consideraba, no sin razón muchas veces, mucho más enamoradas de su cartera que de él mismo. El hecho también de no haber encontrado hasta ahora ninguna mujer que le "llenase" enteramente, tanto espi-

ritual como físicamente, y haber pasado los mejores años de su primera juventud jugando al amor con mujeres fáciles, o con señoritas frívolas, había contribuido a aumentar su escepticismo. Creía en el amor, lo deseaba ardientemente, pero precisamente porque no lo había encontrado todavía pensaba que debía ser para él algo lejano o inaccesible. De buena gana habría dado la mitad de su inmensa fortuna para encontrarlo... y ahora que lo había encontrado, ahora que había encontrado la mujer ideal, no se atrevía a creer que fuese posible. Edward no sabía interpretar como signos evidentes de amor la timidez de Mary, su encogimiento, sus rubores, su actitud extraña y desconcertante, y como no sabía interpretarla como prueba de amor... estaba a punto, con su torpe desconocimiento del corazón femenino, de interpretarla como todo lo contrario. Hay que reconocer que en este punto, Edward Morgan, tan equilibrado, tan poderado, tan inteligente, era de una torpeza in-calificable.

Pasaron dos o tres días sin que se atreviese a dar ningún paso definitivo. Descaba y temía a la vez el momento de salir de aquella in-

certidumbre que le tenía inquieto y desasosegado, pero no se decidía a romper el hielo. El, siempre tan decidido, retrocedía vacilante.

Al cuarto día de aquella lucha interna su nerviosidad había llegado al paroxismo. Durante aquellos tres días había estado espiando la pareja formada por Mary y Jimmy, espiándola celosamente, "ridículamente" como se decía él en su fuero interno, como si en lugar de ser un hombre grave y equilibrado, un hombre de treinta y seis años, fuera un mozuelo itiberbe, y había tenido ocasión de convencerse de que sus sospechas eran, en parte, fundadas. Jimmy estaba enamorado de Mary y le hacía la corte descaradamente, sin que la joven hiciera nada para detenerlo y, tal vez, tampoco nada para alentarle. Pero el caso es que salían juntos a todas horas, que Jimmy, cuya profesión era la de aviador, la invitaba a volar muchas veces en su aeroplano, siendo su invitación aceptada con grandes demostraciones de entusiasmo por parte de la joven, que luego se pasaba dos horas seguidas hablándole a tía Genevieve de las emociones del vuelo, que Mary parecía más alegre y radiante que nunca... Si las cosas se

guían de aquella manera, el pobre Edward Morgan con todos sus millones, acabaría sus días en un manicomio.

Así estaban las cosas aquella noche. Acababan de cenar, una cena a la que había sido invitado precisamente aquel Jimmy de sus pecados, aquel jovenzuelo que amenazaba dar al traste con su felicidad, arrebatándole el amor de la mujer querida.

Precisamente ahora se hallaban los dos jóvenes en el jardín, y este hecho, al parecer insignificante, tenía la virtud de exasperar a Edward Morgan, quien paseaba arriba y abajo del salón como una fiera enjaulada, deteniéndose de vez en cuando para pronunciar algunas palabras ininteligibles. La excelente señora Graham, que le estaba observando atentamente, y que con su fino instinto de mujer, había adivinado la "tragedia", hacía esfuerzos sobrehumanos para no levantarse, ir al encuentro de su sobrino, deteniéndole en su loca carrera y decirle cuatro verdades.

—Edward — exclamó al fin la buena señora, cansada de aquel incesante ir y venir de su sobrino que estaba a punto de marearla—. ¿Quiero hacer el favor de estarte

quisto unos instantes? Hace tres días que andas desasosegado e inquieto. ¿Qué es lo que te sucede?

—¿Qué ha de sucederme? Nada, nada, querida tía, absolutamente nada. Estoy un poco nervioso, eso es todo.

Y viendo que su tía hacía un gesto de incredulidad muy elocuente, exclamó hecho una furia:

—¿Qué? ¿Acaso no me crees?

Tía Genoveva sonrió plácidamente.

—¿Por qué no vas al jardín con Mary y Jimmy?—aconsejó con el aire más inocente del mundo.

Su sobrino, antes de contestar, le obsequió con una mirada fulminante.

—No. ¿Por qué? ¿Acaso no está bien acompañada?

—Sí, claro... ¿No te parece que Jimmy y Mary hacen una pareja admirable?

Edward estaba a punto de estallar... En verdad que su querida tía estaba haciendo también todos los posibles para que aquello sucediese.

—No —repuso conteniéndose a duras penas y adoptando un aire indiferente.

Tía Genoveva, en lugar de compadecerse, parecía hallar un placer

diabólico en seguir atormentándole.

A la buena señora no le desagradaba el pretendiente de Mary. Consideraba al joven aviador como uno de los mejores partidos a que podía aspirar la antigua asilada, pero, por otra parte, si como había empezado a sospechar, su sobrino estaba también enamorado de la joven, ¡qué caramba! Edward era antes que nadie. Por eso le estaba pinchando ahora despiadadamente para obligarle a que hablase y saber así a qué atenerse.

Tía Genoveva era una mujer admirable. Se preciaba de no tener prejuicios de ninguna clase. El hecho de que Mary fuese una huérfana, hija de cómicos de circo y pobre de solemnidad, poco o nada le importaba. ¿Acaso su sobrino no era lo suficientemente rico para permitírsele hacer una boda de amor sin pensar en otra cosa que en lograr la felicidad a que tenía derecho? ¿Qué importaba la opinión de la gente? Tía Genoveva había aprendido a conocer a Mary y apreciarla y estimarla en su justo valor, durante aquellos cinco meses que la joven había pasado a su lado.

—Es cierto, ¿verdad? —prosi-

guió, prescindiendo de la respuesta de su sobrino—. Tan cierto que todo el mundo lo ha notado. ¡Si parecen nacidos el uno para el otro! Jóvenes los dos, guapos, rico él... ¿qué más podría desearse?

—¿Y por qué ha de ser Jimmy el mejor partido para Mary? En mi vida he visto un joven más insolente y estúpido. ¡Orgullosa idiota!

Tía Genoveva se sobresaltó ligeramente. Para que su sobrino, que era la corrección misma, se decidiese a insultar de aquella manera a un joven que ningún mal le había hecho, era necesario que algo muy grave le estuviese ocurriendo. Tía Genoveva estaba ahora convencida de que su querido sobrino estaba más enamorado de lo que ella misma se había imaginado.

La excelente señora se echó a reír con toda su alma. En verdad, la indignación de su sobrino no podía resultar más cómica.

Y miró a su sobrino, a quien, por lo visto, el ataque de hilaridad que acababa de sufrir su querida tía no le había hecho ninguna gracia, puesto que contestó como una fiera:

—¿Quieres dejar de reírte, tía Genoveva? Me estás poniendo ner-

vioso con tus carcajadas intempestivas.

Y entonces, la excelente señora cesó de reírse, pero fué para poner una cara tan cómicamente seria, que hasta su indignado sobrino hubo de soltar la carcajada.

Si Edward Morgan hubiese podido oír la conversación que tenían en aquel momento Jimmy y Mary en el jardín, habría sentido sus iras aplacadas como por ensalmo.

El joven había aprovechado el momento aquel de dulce intimidad en que se hallaban, la acogedora quietud que les envolvía, la tentadora belleza de la noche, para murmurar junto al oído de Mary, las dulces y seductoras palabras de amor, las eternas palabras apasionadas, que siendo siempre las mismas, suenan cada vez distintas en los oídos ansiosos de los enamorados.

Mary le había estado escuchando en silencio y sonriendo, pero al llegar al punto álgido de la declaración amorosa, cuando Jimmy, con palabras entrecortadas, le preguntó si quería ser su esposa, Mary fijó sus ojos en los del muchacho, y con expresión a la vez agradecida y triste, le dijo suavemen-

te, como si presintiese el dolor que sus palabras iban a causarle y quisiera atenuarlo en todo lo posible:

—Lo siento en el alma, Jimmy, pero no puedo casarme contigo. Quisiera poder expresarte el afecto que me inspiras, el cariño que te profeso, pero...

—¡Mary! ¡Mary!—reprochó el joven dolorido—. ¡Mary! ¿Por qué eres tan cruel conmigo? ¿Es que no me amas? ¿Es que hay algún otro hombre de por medio?

—No, Jimmy, no lo hay—repuso la joven, mintiendo descaradamente—. ¿Por qué había de haberlo? El hecho de que no quiera casarme contigo no significa que yo esté enamorada de otro hombre, sino el que no crea ser la mujer elegida para ser tu esposa. Créeme, Jimmy, yo no podría darte la felicidad que mereces, te lo aseguro.

—¡Mientes!—atajó Jimmy, un poco bruscamente—. No pretendas engañarme ni engañarte. Tú estás enamorada de otro hombre. Te he visto muchas veces mirando al señor Morgan, con una expresión en tus ojos que...

—¡Calla, calla!—interrumpió Mary aterrada. Aquellas palabras, que eran la voz de la verdad, dichas por boca de Jimmy, le pro-

ducían un efecto deplorable. Además, temía que Edward Morgan hubiese podido oírles. Y la idea de que el hombre amado llegase a descubrir su dulce secreto, un secreto que guardaba celosamente, herméticamente, en su corazón, le causaba una inquietud enorme.

Jimmy pareció comprender. Bajó los ojos avergonzado por haber tenido un momento de violencia, y pareció resignarse. Todavía no perdía la esperanza de conquistarla, más tarde o más temprano. Era mucho más joven que el señor Morgan, al que, desde aquel momento, consideraba como su enemigo irreconciliable, y tal vez Mary, un día...

—¡Perdóname, Mary!—suplicó—. ¡Me he conducido como un idiota! ¡Es que te quiero tanto!, ¡tanto!... Pero yo sólo deseo tu felicidad, y tu felicidad no puede ser ese millonario infatuado y...

No pudo terminar la frase por que la joven le atajó resueltamente.

—Esta vez sí que me enfado, Jimmy—le dijo con voz severa—. No puedo permitirte que hables así de un hombre que es la bondad misma. Si no se te hubiese metido esta idea absurda en la cabeza, tú mismo comprenderías cuán injusto

eres con el señor Morgan, al que mi hermana y yo debemos estar tan agradecidas. No vuelvas a expresarte en estos términos, si no quieres que me enoje seriamente.

—Perdóname otra vez, Mary querida—balbuceó Jimmy confundido—. No sé lo que me digo. Sólo quiero que sepas una cosa: y es que yo te querré siempre, Mary, siempre... Aunque tú no llegues a quererme nunca. Y si algún día cambias de manera de pensar, si crees que tal vez puedas llegar a quererme, no vacíes en venir a mí, que yo te esperaré siempre...

Hizo además de marcharse, pero la joven le detuvo suplicante.

—No te voya todavía, Jimmy: es muy temprano. Y ya sabes que me encanta estar a tu lado charlando.

Era verdad, Jimmy era para Mary el mejor, el más simpático de los amigos. El daño que sin querer acababa de causarle con su negativa, le dolía a ella tanto como a él mismo. Habría dado cualquier cosa para haberse enamorado de él en lugar de poner sus ojos en un imposible... Pero el corazón de una joven de diez y seis años es un algo absolutamente incontrolable, dispuesto siempre a latir a los dicta-

dos de un sentimiento, pero nunca a doblegarse a los dictados de la razón o del egoísmo. Y Mary, que no esperaba nada, que casi podía decirse no *deseaba nada* de Morgan, al que amaba con todo el apasionamiento de su alma, con todo el entusiasmo y el fervor de su juventud, no podía aceptar dignamente el amor de otro hombre, que por su bondad, por su nobleza, por su juventud y por su entusiasmo, no merecía un engaño semejante.

La noche había refrescado ligeramente. Mary, que vestía un vaporoso y sutil traje de seda, sintió un poco de frío y decidió entrar en la casa para ir en busca de un chal, un jersey, algo, en fin, con que abrigarse y poder seguir charlando con Jimmy en el jardín. No quería dejarlo partir con aquel resquemor en el alma. Si lograba darle la sensación de que nada había cambiado, de que aquellas palabras cruzadas entre ellos no habían alterado para nada su amistad ni su camaradería, habría logrado el fin propuesto, perdiendo tal vez un enamorado, pero conservando, en cambio, un amigo.

—Espérame aquí, Jimmy, en seguida vuelvo. Voy a buscar algo para abrigarme. Prométeme que

permanecerás todavía un buen rato conmigo. Tengo muchas cosas que decirte. Además, tenemos que formar el plan para mañana.

Con estas alentadoras palabras se despidió Mary del muchacho. Entró resueltamente en la casa. Cruzó el "hall" con rapidez, oyendo, al pasar, la voz de tía Genoveva y Morgan, que se hallaban en el salón contiguo, pero no entendió lo que decían, ni, a decir verdad, puso ningún interés en entenderlo. Llegó a su cuarto, cogió un precioso ójal que Morgan le había regalado, y volvió a descender las escaleras rápidamente, deseosa de encontrarse de nuevo en el jardín junto a su dilecto amigo.

Edward Morgan y la señora Graham seguían todavía con la interesante conversación iniciada un rato antes. El joven no había confesado todavía, y el implacable "verdugo" estaba empeñado en que confesase, reconociendo su amor por Mary... o que presa de un ataque de furia incontenible le tirase algún cacharro a la cabeza.

—Es inútil que me pidas que deje de reírme, mi querido sobrino, porque lo que está sucediendo no puede ser más cómico. ¡Edward Morgan celoso, celoso de un joven

suelo timberbe... y convertido en un Romeo!

—¿Celoso yo?—bramó Morgan, mirando enfurecido a su tía.

—Sí, celoso como un turco... y que los turcos me perdonen.

Mary, que acababa de descender la escalera, no llegó a tiempo de captar las palabras de tía Genoveva, pero sí las que precedieron, salidas de boca de Edward, quien, atajando las acusaciones de su tía, dijo fríamente:

—Te advierto que si dices esto pensando en Mary te equivocas de medio a medio. Mary es una criatura deliciosa, pero no significa nada para mí, absolutamente nada. Las circunstancias me obligaron a traerla, porque sin ella no habría podido tomar a Elisabeth.

Aquellas palabras hicieron el efecto apetecido, pero no en el ánimo de tía Genoveva, quien, lejos de aceptarlas, sonrió melifluamente y miró a su sobrino como diciéndole: "a otro perro con el hueso", pero sí en Mary, que las oyó como quien escucha su sentencia.

La pobre joven sintió de pronto como si Morgan acabase de abofetearla en pleno rostro. Durante unos momentos perdió la noción de sí misma y tuvo que apoyarse fuerte-

mente en la barandilla de la escalera para no caerse. Sintió apoderarse de ella un sentimiento extraño de laxitud y abandono, un deseo de inmovilizarse allí, sentándose en uno de los escalones y empezar a llorar desesperadamente...

Tía y sobrina siguieron hablando, pero ella no les oyó, no podía oírles. Era como si hubiese ensordecido de repente. Las palabras crueles, dictadas por los celos y el despecho, repiqueteaban en sus oídos sordamente, y martilleaban en su cerebro, imposibilitándole de pensar en otra cosa que en su pena.

Cuando recuperó la facultad de pensar y comprender, desapareció la tensión nerviosa, comprendió que debía huir de allí, huir antes de que las lágrimas retenidas la hicieran estallar en grandes sollozos convulsivos y Morgan advirtiese su presencia. ¡No, no! ¡Todo menos eso! Todo menos la vergüenza de tener que arrostrar sus miradas interrogadoras, o compasivas, las miradas de un hombre, que lejos de quererla, la consideraba como una "intrusa", a la que había aceptado porque no había otro remedio.

Salió apresuradamente, llegó al rincón del jardín donde su fiel y

enamorado Jimmy la estaba esperando, y antes de que él pudiera darse cuenta de su turbación, antes de que pudiese descubrir las lágrimas que se agolpaban a sus bellos ojos, cogió febrilmente una de las manos del joven y le dijo:

—Jimmy, te engañé antes... pero no quiero prolongar el juego por más tiempo. Si reiteras tu ofrecimiento de hacer unos instantes, estoy dispuesta a casarme contigo...

Entretanto, en el salón de música, la lucha entre las dos "potencias" continuaba, y como sucede siempre en esos casos, la victoria estaba a punto de decidirse por el más fuerte, representado por tía Genoveva. Una vez más, la astucia de la mujer iba a triunfar del orgullo de un hombre.

Tía Genoveva había aparentado al fin aceptar la sentencia de Edward, "Puesto que Mary no representaba nada, absolutamente nada para él... ella debía confesarle una cosa". Y acercándose a su indignado sobrino y acariciando cariñosamente su barbilla, explicó:

—No sabes cuánto me alegro de haberme equivocado en mis juicios. He de confesarte que estaba un poco inquieta. Jimmy me confesó el otro día estar locamente enamo-

rado de Mary y yo había prometido ayudarle. Figúrate, pues, el enorme aprieto en que me ponías si hubiese resultado que tú también estabas enamorado... Me alegro por Jimmy... y también por Mary. Aunque tú opines lo contrario, hacen una pareja admirable. Además tienen los mismos gustos...

Se detuvo asustada al ver que su sobrino se había levantado y se erguía ante ella, en actitud amenazadora. Si tía Genoveva no hubiese estado tan segura de la corrección de su sobrino habría temido que biciera un dispatate.

—Tienen los mismos gustos, ¿eh?—gritó—. Pues bien. Yo también voy a comprarme un aeroplano, el más rápido que encuentre, voy a aprender a bailar, a jugar al polo, a convertirme en un pollo pera... y a marcharme a Europa en el primer barco.

No dijo más, tal vez porque comprendió que había dicho demastado. Dió media vuelta y salió, dando un portazo, a tiempo para oír la voz burlona de tía Genoveva, que le advertía:

—¡Edward! ¡Si de veras quieres irte a Europa no necesitas aprender tantas cosas!

Salió al jardín. La brisa fresca

de la noche, actuando de sedante sobre sus nervios exaltados, le devolvió un poco de calma y entonces se fué resueltamente en busca de Mary. No sabía a ciencia cierta por qué hacía aquello, ni lo que quería, ni a lo que iba, ni qué pensaba decirle.

Llegó junto a ella, que seguía hablando animadamente con Jimmy. Los dos jóvenes, al verlo, se levantaron y Jimmy le sonrió afectuosamente. Todos los rencores de un momento antes se habían desvanecido por completo.

No sentía ya celos de Morgan, no podía sentirlos porque Mary estaba a su lado y había prometido casarse con él.

—¡Mary!—dijo Edward resueltamente—. Deseo hablarte a solas unos minutos.

La joven sonrió tristemente. Todo lo que pudiera decirle Edward le era ya indiferente. ¡Si ella hubiese podido imaginarse lo que estaba pasando en aquel momento en el ánimo del joven, las palabras que pensaba decirle, con qué placer tan grande se habría apresurado a escucharlas!

Entonces Jimmy, con la inconsciencia de su juventud y el egóis-

mo de su amor, tuvo una respuesta impertinente:

—De aquí en adelante—bromeó—tendrá usted que pedirme permiso para hablar con Mary a solas... Estamos prometidos...

—¡Prometidos! —exclamó Morgan palideciendo—. Mary, ¿es eso cierto? ¿Amas a Jimmy?

—Vamos a casarnos — repuso evasivamente ella.

Morgan permaneció unos instantes en silencio. Sólo Dios y él habrían podido decir lo que estaba pasando en su corazón en aquellos momentos.

—Le felicito, Jimmy — dijo al fin, sobreponiéndose—. Es usted un hombre afortunado. Mary es la mujer más buena del mundo y espero que sabrá hacerla dichosa como se merece.

—Consagraré toda mi vida a procurarlo — repuso el joven estrechándole la mano.

—Mary — continuó entonces Edward volviéndose hacia su amada—. Te deseo toda la felicidad posible en este mundo. Te lo mereces. Cuenta con mi amistad y mi afecto de siempre... Y ahora, les dejo a ustedes. Felicidades una vez más y adiós...

Si su propia turbación no le hu-

biese impedido fijarse en la turbación de la joven, habría tenido ocasión de comprobar que los bellísimos ojos de Mary estaban bañados de lágrimas. ¡Lágrimas femeninas! ¡En ellas se disuelven todas las energías y todos los rencores de los hombres!

* * *

Edward no se fué a Europa, ni tampoco compró el aeroplano más rápido, ni siquiera aprendió a hablar, como había amenazado hacer ante tía Genoveva. Se fué sencillamente a Nueva York, para ocultarse a las miradas de lince de la señora Graham, y al mismo tiempo, aturdirse un poco en el torbellino de la gran ciudad, buscando inútilmente un lenitivo a su pena. A los siete días justos, estaba tan hastiado de todo, que decidió regresar de nuevo a su residencia de verano y empezar a hacerse a la idea de que "aquello" era ya absolutamente irremediable y debía aceptarlo resignadamente. Esta vez el amor, el verdadero amor, había pasado por su lado, y él no había sabido cogerlo entre sus brazos, aprisionándolo para siempre.

Cuando llegó Edward, Elisabeth

ya se había acostado y no pudo verle, pero al día siguiente, cuando tía Genovava le informó del regreso de su adorado tío, como le llamaba ella cariñosamente, le faltó tiempo para correr a su cuarto, con la secreta esperanza de que "se la comiera a besos".

Toda la ternura, toda la capacidad de afecto que anidaba en el corazón de Elisabeth, se había traducido en un cariño apasionado hacia Morgan, casi en adoración. Para la niña, "tío Edward" no era un hombre como los demás, sino un dios, un príncipe encantado, un personaje fabuloso de cuento de hadas, un papá Noel sin barbas... todo, todo, menos un simple mortal. La niña adoraba a Edward y éste a su vez le pagaba con la misma moneda. Ambos se entendían y se compenetraban admirablemente.

Llegó al cuarto de Morgan, abrió la puerta, se coló dentro y, una vez allí, se acercó a la cama, comprobando desolada que Edward estaba durmiendo a pierna suelta. Eran las once y media y Elisabeth no podía admitir que a aquella hora tan avanzada de la mañana siguiera todavía entregado en brazos de Morfeo. Procedió, pues, a despertarle, tirándole de la manga

de su pijama, pero tío Edward tenía un sueño muy fuerte y, lejos de despertarse, emitió un sonoro ronquido, tal vez para demostrarle que tendría que apelar a otros procedimientos más enérgicos.

Fué entonces a la puerta y, abriéndola de par en par, volvió a cerrarla violentamente, sin que tampoco esta vez alcanzase el menor éxito. Entonces decidió apelar a un recurso supremo. Saltó sobre la cama y en seguida sobre el estómago del infeliz Morgan, quien, ¡claro está!, se despertó inmediatamente, saltando un grito ahogado.

—Buenos días, tío Edward — dijo la niña con el aire más cándido del mundo, como si nada hubiese hecho.

Este, llevándose la mano a su dolorido estómago, contestó cariñosamente:

—Buenos días, diablillo. ¿Es que hay alguna razón especial para despertarme de esta manera, en lugar de dejarme descansar?

—Sí, la hay, tío Edward. Quiero que me leas el semanario infantil de aventuras.

No hubo más remedio que obedecer, y como si eso fuera poco, Edward Morgan, el conocido financiero, con toda su dignidad de hom-

bra de negocios, tuvo que arrastrarse por el duro suelo, imitando a "Snooky", mientras su cruel "verdugo" cabalgaba sobre su espalda, haciendo como que tiraba de las riendas.

Cuando terminó aquel suplicio, tío Edward se sentó sobre la alfombra y, cogiendo en sus brazos a la niña, empezó a comérsela a besos, sin que por parte de ella se iniciara la más leve protesta.

—¿Se puede saber qué ha hecho la señorita durante mi ausencia?

—Desear que regresases, tío Edward.

—¿Por alguna razón especialísima?

—Sí, quería preguntarte qué quiere decir casarse. Estoy oyendo decir todo el día que Mary y Jimmy van a casarse y cuando se lo pregunto a tía Genoveva, se sonríe y no me explica nada. Mary no está ahora casi nunca conmigo... y por eso te echaba de menos.

—¿Egoísta! — reprochó Edward—. Bueno. ¿Qué quieres que te explique respecto al matrimonio? Te lo diré en dos palabras. Cuando un hombre y una mujer se casan... pues... pues... se van a vivir juntos a la misma casa. Eso es todo.

—Entonces, si yo quiero ir a vivir con Mary cuando se case, ¿tendré que casarme también con Jimmy?... ¡No, no quiero casarme con Jimmy! Yo quiero casarme contigo. Voy a decir a Mary que se case también contigo, para que podamos vivir todos juntos...

—No digas tonterías — atajó tío Edward poniéndose serio—. Tú no puedes casarte conmigo ni con Jimmy ni con nadie, por la sencilla razón de que eres demasiado pequeña. Y en cuanto a Mary, no puede casarse conmigo, porque está enamorada de Jimmy y yo me voy a ir a Europa... ¿Me has comprendido? Ahora, sal de aquí un momento, que voy a vestirme. Luego te daré un regalo que te ha traído de Nueva York.

—¿Un regalo? ¿Qué es? — palmoteó Elisabeth.

—Si ahora te lo digo, no te hará ninguna gracia cuando lo veas. Corre, ve al salón de música y espérame allí. Estaré contigo dentro de media hora.

Obedeció la niña y salió corriendo en busca de su hermana y tía Genoveva, para darles la gran noticia de que tío Edward le había traído un regalo muy bonito, muy

bonito... como todos los que solía hacerla.

Medía hora después llegaba tío Edward, que, por lo visto, quería retrasar cruelmente el momento de darle la gran sorpresa, porque en lugar de entregarle el regalo, se sentó al piano y empezó a tocar y a cantar una canción llamada "Ricitos de oro", que había compuesto para ella y en la que su entusiasmo por la chiquilla se traducía en palabras exaltadas de elogio, llamándola "muñeca adorable", "podazo de cielo", "rayito de sol" y otras lindezas por el estilo, que Elisabeth escuchaba extasiada, acabando por ponerse a bailar encima de la amplia caja del magnífico piano de cola.

Llegó el momento deseado, Morgan sacó un estuche y lo abrió, poniendo al descubierto un magnífico collar de perlas pequeñas. Elisabeth, al verlo, no demostró gran entusiasmo. Era bonito, sí... pero ella habría preferido una muñeca.

—Ahora ve en busca de Mary y dile que venga—ordenó Morgan.—También para ella he traído un regalo... un regalo muy bonito... Anda, corre, "ricitos de oro". Corre a buscar a tu hermanita.

Salió la niña y no tardó en re-

gresar con Mary, que la seguía tímidamente. Durante su corta ausencia, tía Genoveva había tenido tiempo de acercarse a su sobrino y decirle con cariñoso reproche:

—Edward, es hora ya de que reconozcas que estás enamorado de Mary. ¿Por qué no le hablas claramente? Tal vez todavía estés a tiempo.

—¡Pero, tía! ¿Acaso ignoras que está comprometida formalmente con Jimmy? ¿Es que quieres burlarte de mí?

—No lo ignoro, querido sobrino, pero pienso que si tú no eres capaz de arrebatarla a ese pollo imberbe, no eres un hombre ni mereces serlo.

En aquel momento entraban las dos hermanas.

—Mary — dijo Edward gravemente, acercándose a la joven—. Salgo para Europa dentro de una semana y, antes de partir, quiero hacerte mi regalo de bodas... Al mismo tiempo, quiero que sepas que tu felicidad será mi felicidad y que te deseo toda la dicha posible en la tierra...

Sacó otro estuche, lo abrió... El regalo era digno de él. Un broche magnífico, una joya de un valor inapreciable.

Pero Mary no lo miró siquiera. Tenía los ojos fijos en el rostro de Edward y sus facciones contraídas expresaban un sufrimiento intenso. Rechazó el regalo con un gesto.

—Gracias, Edward — dijo—, pero no puedo tomarlo, realmente, no puedo.

—Pero, ¿por qué? — inquirió Morgan sorprendido.

—Porque he roto mi compromiso con Jimmy. Me he convencido de que no le amaba, de que no podría amarle nunca.

—Entonces — intervino Elisabeth — no podrás casarte con nadie, porque esta mañana le pregunté a tío Edward si quería casarse contigo y me dijo que no...

Pero aun no había tenido tiempo de terminar aquellas palabras, que ya su hermanita había desaparecido.

Entonces vió que tía Geneveva se acercaba a su sobrino, para decirle unas palabras que a Elisabeth se le antojaron incomprensibles.

—Edward, si no te apresuras a ir en busca de Mary y aclararlo todo, diré que mi querido sobrino es un idiota incurable.

El "querido sobrino" no se hizo repetir la orden, saliendo inmedia-

tamente detrás de Mary, y entonces Elisabeth fijó sus ojos picarones en el rostro plácido y sonriente de la señora Graham y, haciendo un gesto de sorpresa, exclamó:

—¿Qué les pasa? ¿Por qué están tan excitados? ¿Por qué le has llamado "idiota", tía Geneveva?

Un cuarto de hora después, al decidirse a ir al encuentro de Morgan, precisamente para seguir hablando con él de "aquello" de la boda y hacerle saber su propósito firmísimo de casarse con él, quisiera o no quisiera, le encontró sentado en uno de los peldaños de la escalera, en el mismo sitio en donde él unos instantes antes había sorprendido a Mary, harréndole el paso, para estrecharla entre sus brazos y confesarle su amor, desvaneciendo todos sus recelos con un beso.

Besándola y abrazándola como sólo acostumbra hacerle con Elisabeth estaba Edward cuando le sorprendió la niña. Besándola, sí, señor, y también llamándola con unos nombres absurdos e inverosímiles, tales como "cielo mío", "corazón", "alma mía"...

La niña se los quedó mirando sorprendida. Vió que Mary se desprendía dulcemente de los brazos

del joven, y poniéndose repentinamente seria le decía:

—¡Qué feliz soy, Edward, qué feliz soy, después de esta eternidad de dolor que he vivido últimamente! Lo único que entarbia un poco mi dicha es pensar que el señor Jones, nuestro protector, no esté aquí ahora para compartirla y darnos su consentimiento...

—¿Pero de veras, de veras has podido creer en la existencia de este protector misterioso? — oyó que decía Morgan, abrazando nuevamente a la joven—. El señor Jones y yo somos una misma persona, May querida, y si no lo dije antes fué porque no quería que te creyeses en el deber de agradecerme nada...

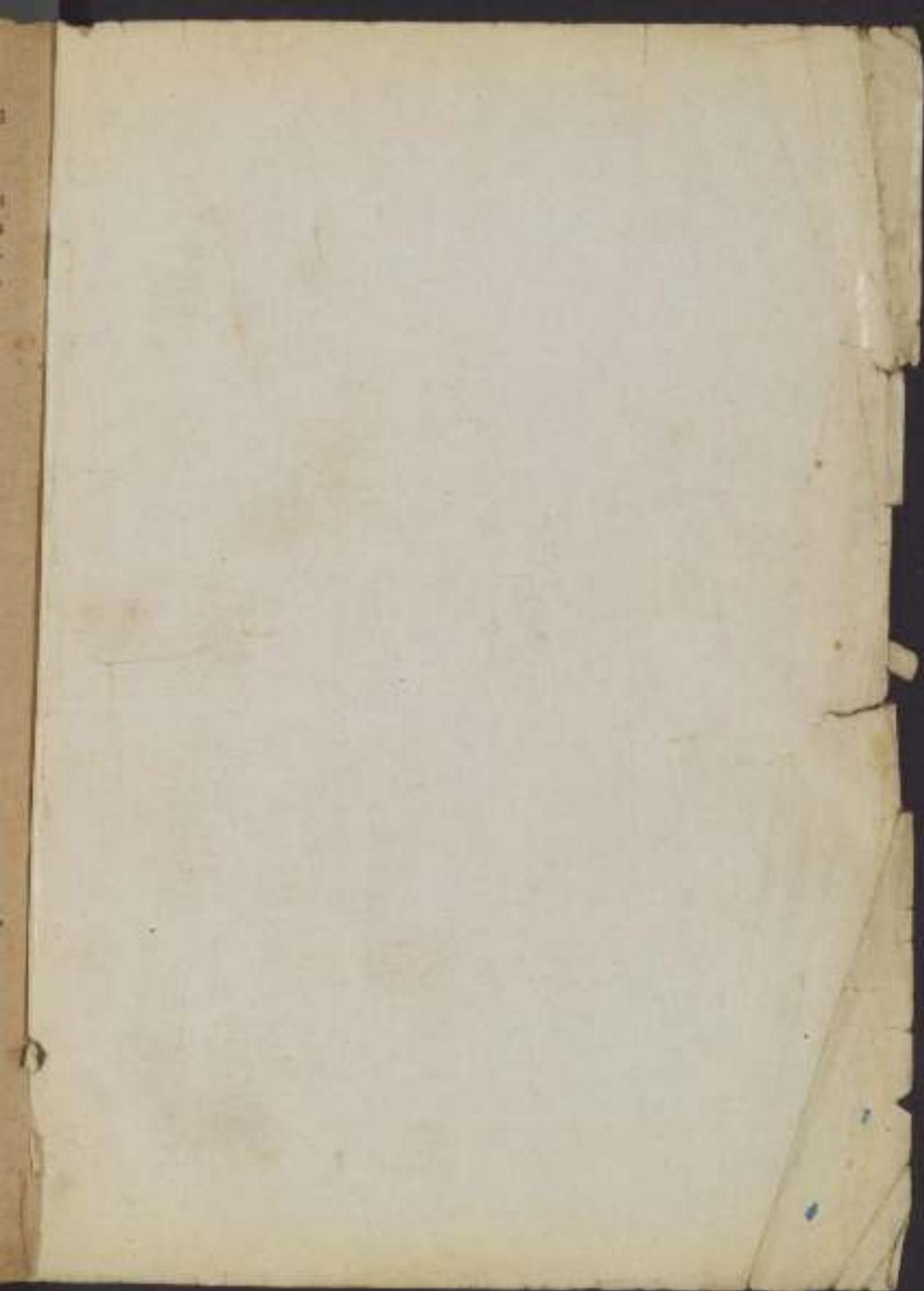
—¡Edward!

Y entonces Elisabeth, que había estado presenciando en silencio la escena, no pudo contenerse, y rascañándose la rubia cabecita, soltó aquella nueva interjección que había aprendido de boca de Robert, y que guardaba celosamente para las grandes solemnidades, cuando la palabra ¡caracoles! no era suficiente.

—¡Cáspita!— exclamó—. ¡Ahora sí que podré quedarme a vivir con tío Edward sin tener que casarme!

Y tío Edward, transportado de gozo, la cogió en sus brazos y se la comió a besos, como hacía siempre, siempre, siempre...

FIN



E. B.

Cubierta, Imp. M. POLICEN
Batfener, 111 - Casco 76142

Precio: 1'50 pesetas